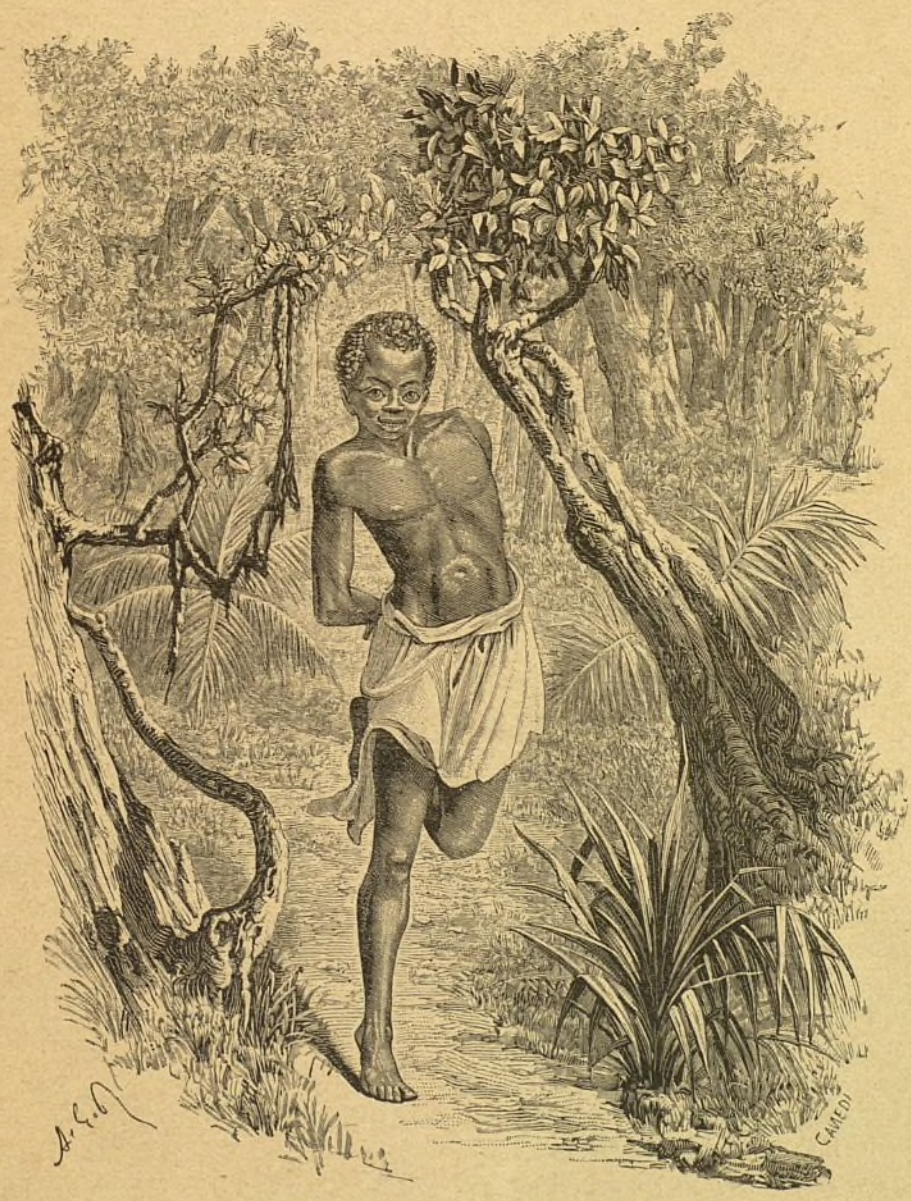
LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción	Se publica el 15 de cada mes	Advertencias
ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas. EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.	Año VIII.–Sábado, 14 Julio 1900.–N.º 163	No se admite subscripción por menos de un semestre. El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



GABÓN *(África Occidental)*.—Efectos de la embriaguez del *iboga*

Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy. *(Pág.* 155)

53

AGOSTO 1900

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

Texto.—Correspondencia: *La persecución en China; China.*—Un verano en el Japón boreal.—Algo de China.—Los Pigmeos, por el Ilmo. Le Roy.—Literatura china.—Una caricatura.—Variedades: La tumba del hijo.

Grabados.—Gabón *(Africa Occidental)*: Efectos de la embriaguez del iboga.—San Ignacio de Loyola.—Gabón *(Africa Occidental)*: El sepulcro del negrillo.—Hindostan *(Chota-Nagpore)*: Habitantes del bosque moliendo arroz.—La iglesia de San Ignacio en la santa Cueva de Manresa.—Santo Domingo de Guzmán.—Ngo Pimba: mujer negrilla del Cabo Estrías, vista de perfil y de frente.—Japón: Anciana y joven ainas.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

CORRESPONDENCIA

LA PERSECUCIÓN EN CHINA

Las cartas y telegramas de los Directores de Congregaciones religiosas que tienen Misiones en China, recibidos hasta la hora de entrar en máquina el presente número, no contienen detalles precisos de la actual situación del imperio: limítanse á expresar temores de graves males, cuyo fundamento claramente evidencian las noticias publicadas por la prensa diaria. La única noticia cierta es la muerte de los Jesuitas PP. Andlauër é Isoré, misioneros del Tche-ly Sud-Este, asesinados por los *boxers*.

Esperando conocer con exactitud la actual situación, publicamos extractos de cartas y telegramas que prevén la gravedad de los sucesos que actualmente se desarrollan.

CARTA DEL ILMO. REYNAUD, LAZARISTA, VICARIO APOSTÓLICO DE TCHE-KIANG

Un nuevo episodio, triste también, hay que sumar á la dolorosa serie en mi última carta relatada. Una vez más los perseguidores han intentado cortar una cabeza querida, por la que hace tiempo ofrecen una importante suma, pero la Providencia divina la salvó.

El día 17 de Abril, poco antes de la media noche, unos cien bandidos armados asaltaron la residencia de *Sa-Kiao,* que puede afirmarse es la cuna de la Misión del *Tai-cheu*. Despertado de súbito el P. Wilfinger, creyó llegado el momento del supremo sacrificio: lo aceptó con tranquila alegría, y deseando morir de uniforme vistióse la sotana. Acababa de abrochársela, cuando cae hecha astillas la puerta del aposento, y con gritería salvaje se precipitan sobre él los asesinos. Un hachazo dirigido á la cabeza desvíase y corta parte de la frente; con martillos de hierro golpean la cabeza y espaldas del misionero. Al segundo golpe dobla las rodillas y la sangre fluye abundante.

Por muerto lo dejaron sus verdugos, y alegres marcharon á divulgar la nueva, que momentos después era conocida de todos los pueblos vecinos. Para evidenciar que su fin no era ni robar ni destruir, dejaron incólume la iglesia, la sacristía, la escuela y la cerca que protege la residencia. Tiraron, para no llevarlo, un cáliz y un viril hallados en un aposento. Para matar la designada víctima sin temor de ser sorprendidos, habían previamente apostado numerosos centinelas bien armados al rededor de la Misión.

Pero Dios velaba por su misionero. El P. Wilfinger restablecióse de las numerosas heridas, algo triste por haberse salvado de muerte tan gloriosa. Todos esperamos que la divina Providencia no lo habrá protegido con tanta solicitud para luego arrebatárnoslo, sino que le reservará abundante cosecha de espirituales frutos, en esta tierra que ha regado con su sangre generosa.

Quizás leyendo cuanto antecede alguien pregunte: ¿qué significó el *Decreto* imperial y cuál es la causa de tantas persecuciones? La respuesta es sencilla para cuantos estén medianamente enterados de las cosas chinas. Así como al echar el áncora no para en el acto la nave que avanza veloz, tampoco el imperial decreto puede momentáneamente contrarrestar la poderosísima corriente secular de ignorancia y odio contra la Religión y contra todo lo extranjero. El actual momento es crítico, decisivo; diríase que la cadena va á romperse y la nave á estrellarse contra la costa: pero si aquélla es fuerte, si sabe resistir, decrecerá la agitación, la nave perderá velocidad, finiendo por descansar tranquila dominada por el áncora. El decreto es una áncora que fué lanzada en aguas de rápida corriente, para detener la nave que avanzaba con furia loca, impulsada por el más desenfrenado oleaje. La cadena gime al sentir la presión de un peso enorme ¿se romperá?

El secretario general de los Lazaristas P. Milón, escribe desde París con fecha 17 de Junio:

A correo seguido os comunicaré cuantas noticias reciba de China.

El Ilmo. Favier telegrafiaba hace pocos días que grandes desgracias amenazaban á Pekín y á Tien-Tsin, y posteriormente con fecha 11 de Junio dice:

Pekín sitiado: Misioneros y Hermanas vivas. Avisad á las familias.

Los rumores á que aluden varios telegramas de la prensa diaria, de haber sido incendiada la Catedral de Pekín no pueden admitirse, pues el telégrafo que une la capital de la China con las demás regiones está cor-

Ayuntamiento de Madrid

tado. Sin embargo, muy de temer es que resulten ciertos.

El 20 de Junio escribía el citado P. Milón:

El telégrafo de Pekín ha sido cortado: queremos seguir dudando de la exactitud de las tristes nuevas que á la capital se refieren. Sin embargo, ayer los periódicos afirmaban que el cuartel Este es teatro de los mayores desórdenes, lo cual hace más probable el incendio de la Catedral.

El P. Delpech, director del Seminario de Misiones Extranjeras de París, escribe:

Carezco de noticias de China. Parece confirmarse que la Misión del Yun-Nan ha sido destruida.

El Ilmo. Pitrón, obispo de Jericó y procurador de las Misiones franciscanas, telegrafía desde París con fecha 20 de Junio:

En mi poder cartas de los Vicarios apostólicos del Chang-tong Septentrional y Oriental. Su situación es grave. Témense horribles catástrofes.

El R. P. Desmarquest, S. J., procurador de las Misiones del Petchely Sud-Este, residente en Lille, recibió un telegrama anunciando la muerte de dos misioneros, y limitándose por todo detalle á añadir que probablemente sus verdugos fueron los boxers. Los Padres asesinados son: el P. Modesto Andlaüer, natural de Alsacia, edad cincuenta y tres años; y el P. Remi Isoré, natural de la diócesis de Cambray, edad cuarenta y ocho años.

El R. P. Tournade. procurador de las Misiones que los Padres Jesuitas dirigen en el Kiang-Nan, telegrafía en igual fecha:

Situación grave: faltan detalles.

El director del Seminario de Misiones Extranjeras de París, telegrafía con fecha 26 de Junio:

El 22 de Junio en Su-Tchuen reinaba tranquilidad. No tengo otras noticias.

El P. Milón, secretario general de los Lazaristas, tetegrafía:

No he recibido noticias de China.

TCHE-LY SUD-ESTE

LOS BOXERS

Escribe desde Tche-ly Sud-Este el P. Marquet, S. J., superior de la Misión:

ESTAMOS en plena persecución. Causante y directora de ella es la infernal secta *Y-ho-Kiuen* (por los ingleses llamada de los *boxers*), cuya divisa es: «¡Mueran los europeos y cuantos profesan sus doctrinas!» No existe ciudad, pueblo ó villorrio donde no cuenten numerosos adeptos.

Creen estos infelices sectarios que mediante extraños sortilegios, desde al instante en que se posesiona de ellos el espíritu al cual se entregan, son invulnerables. Pero, añaden, en presencia de un cristiano ó mientras existan iglesias católicas en las inmediaciones, el espíritu no se presenta, y en consecuencia no pueden disfrutar los beneficios de la invulnerabilidad. Un día tres iniciados, á corta distancia de la cristiandad de Tchu-Kia ho (King-tcheu), sufrieron, después de los sortilegios de rúbrica, la prueba del *disparo de bala:* el primero cayó muerto, los restantes gravemente heridos. Era día de mercado: los invulnerables *Y-ho-Kiuen* quedaban desacreditados ante el pueblo. Buscaron salvación, y ocurrióseles como el mejor de los medios divulgar que los cristianos eran los verdugos que habían puesto fin á la existencia de aquel hermano, y herido gravemente á los dos restantes; y como se les ocurrió lo practicaron, aconsejando al pueblo que acabara con los causantes de tantos crímenes, saqueara casas é incendiara templos. Y buscando la manera de acrecentar los populares odios añadían que los cristianos envenenaban las aguas, y los paganos á pesar del riguroso invierno vaciaban botellas, cubos y balsas y pozos, descubriendo siempre al fondo algo que afirmaban era el veneno de los cristianos.

El mandarín de King-tcheu sintiéndose incapaz para dominar por las armas el movimiento anti-europeo, ofreció cuantas reparaciones quisieron, y á pesar de las protestas del P. Mangin, convinieron con los jefes de asesinos en que les servirían un banquete, serían castigados trescientos cristianos y se ofrecería al pueblo tres días de comedia. Por este medio muy chino y digno de los chinos, el mandarín creía impedir mayores males. Pero el resultado fué que la audacia de los *boxers* creció, é iniciaron su obra de saqueo é incendio.

—

Saquearon todas las cristiandades del King-tcheu menos tres que, preveyendo los acontecimientos, proporcionáronse buenas armas y esperaron á pie firme el ataque del enemigo, y otras dos cuyos jefes paganos protegieron á los católicos. En Leu-pa-tchoang un cristiano que deseaba salvar su casa incendiada, fué muerto á puñaladas: los verdugos inhumanos cubrieron de leña el herido cuerpo y le pegaron fuego, cuando aún vivía agonizando la desgraciada víctima.

Pasaron unos días y llegó su vez á las cristiandades del Fu-tcheng y á tres cristiandades del Kiao-ho y del Tong-Koang. La provincia del P. Andlaüer, cuna y hogar de los *boxers,* sufría muy especialmente. Los sectarios pedían la apostasía: ni un solo cristiano, que yo sepa, sucumbió en la prueba: y las cristiandades fueron devastadas todas excepto Fu-Kia-tchoang, que previamente abandonaron los cristianos. Estos ausentes, sus parientes paganos regalaron dinero á los bandidos, y colocaron sobre las puertas de las casas imágenes supersticiosas, que en apariencia significaban la apostasía de sus moradores.

En el mismo distrito y pocos días antes el Ilmo. Bulté corrió gravísimo peligro. El patio de la casa donde

Ayuntamiento de Madrid

se albergaba llenóse de amenazadora multitud. Los acompañantes de su ilustrísima oyendo tramar la muerte de los europeos apresuraron la marcha.

—

El P. Denn, en cuya Misión se iniciaron los actuales sucesos, incendiando una capilla, vivía enfermo hacía dos meses en el pueblo de Tu-tcheng, imposibilitado de abandonar su residencia. Restablecido, hacía poco tiempo, fué á administrar la Extremaunción á un enfermo, y al regresar él y el catequista acompañante, viéronse perseguidos, debiendo su salvación á la ligereza de las mulas que cabalgaban.

Parte de las nuevas cristiandades han sido devastadas. El P. Heitzler debió refugiarse á U-Kiao; los *boxers* han pasado el canal imperial é invadido las cristiandades á dicho Padre confiadas, para reunirse con los de Chan-tong. Los valerosos cristianos, recobrándose de la sorpresa se defendieron con valor, gastando cuantas municiones tenían, y cuando no quedaba un puñado de pólvora, arrancando ladrillos los arrojaron desde el terrado contra los bandidos. Así salvaron sus casas, pero no la iglesia, que fué incendiada. Los soldados de Ou-Kiao, sabedores de tales sucesos, persiguieron á los bandidos.

Desde Chenn-Tcheou escribe el P. Wibaux que han sido saqueadas 21 cristiandades; que él corrió grave peligro, debiendo refugiarse á la ciudad. Su residencia fué repetidas veces asaltada al grito de «¡Muera el europeo, envenenador de pozos!» y el mandarín que la defendía tuvo que hacer grandes esfuerzos para salvarle del odio de aquel pueblo loco.

—

Las provincias del Sud gozan de relativa paz. El Gobierno ha indemnizado á las familias que sufrieron los ataques de los Grandes Cuchillos, algunos de cuyos jefes murieron decapitados.

Las provincias del Norte, sabedoras de los sucesos desarrollados en las del centro, han empuñado las armas y se aprestan á la lucha: hasta la fecha los sectarios no se atrevieron á iniciar los ataques. Los mandarines locales, avisados previamente, dispusieron que fuese prohibida la entrada de los boxers en los pueblos, y el ingresar en la secta.

—

Las miradas de los saqueadores están fijas en esta residencia. Dios vela por nosotros. Sintiendo la proximidad de grandes males, hemos ordenado múltiples oraciones. Luego y para no olvidar los medios humanos hemos avisado al cónsul francés en Tien-Tsin, y por su mediación al virrey de Tche-ly, pidiendo el envío de las tropas indispensables para oponerse con probabilidades de éxito á la invasión de los sectarios, cada día más numerosos y atrevidos.

En tanto sacábamos el polvo á los antiguos fusiles y cañones del 1860, y después de un ligero tocado emplazamos los segundos en los terraplenes que rodean la residencia, y depositábamos los otros á manos de intrépidos voluntarios cristianos que presurosos acudieron á nuestro servicio. Cuarenta y ocho horas bastaron para reunir más de trescientos, unos con fusiles, otros con espadas, lanzas ó cuchillos, y otros con machetes, hachas y barras de hierro.

—

Los *boxers,* en número de ochocientos, intentaron conquistar Tong-tai-Kuo, lugar vecino á esta residencia, y saquear las casas cristianas: éstos heroicos, aunque pocos, defendiéronse desde los tejados sembrando la confusión y la muerte en las enemigas filas.

Rechazado su primer ataque reuníanse, disponiéndose para el segundo, en un pueblo vecino, cuando el agudo son de las trompetas esparció el terror en su campo y huyeron á la desbandada. Era un escuadrón de caballería regular que acudía, llamado por una carta que el P. Becker había escrito al mandarín de la ciudad. La caballería avanzaba á trote largo, y si llegaron después de la victoria, no por eso fué su presencia menos útil, pues impidieron un segundo ataque que podía tener fatales consecuencias para los cristianos.

—

Hasta la fecha las cristiandades destruidas suman *cuarenta y cinco,* pero si un suceso cualquiera determinara la concentración de las tropas regulares al rededor de Pekín, quedaríamos á merced de las innumerables legiones sectarias, que con implacable saña odian á los europeos y á los cristianos.

En el Mediodía se han iniciado los disturbios. Dícese que han sido destruidas tres de las cristiandades del P. Liefooyhe. En la puerta de la residencia de Tai-Ming-Fu, fijaron el siguiente cartel que guarda el P. Finck:

«El 13 de la luna 12 ó los días siguientes, entraremos á la ciudad por el Este, incendiaremos la iglesia europea y mataremos cuantos diablos europeos se encuentren en la misma.

«*Firma:* Sociedad de los Grandes Cuchillos del Chan-tong.»

—

Lo primero que los secuaces de la secta infernal exigen á los cristianos es su apostasía. En cambio de la misma les ofrecen respetar sus posesiones. Hasta la fecha *ni un solo* católico renegó de su fe, y con satisfacción hacemos constar que en las cristiandades donde aún no ruge el vendabal de la persecución el fervor aumenta, y todos sentimos que el Padre nuestro que está en los cielos se complace derramando á manos llenas espirituales gracias: los creyentes, temiendo caer en manos de los *boxers,* hacen contritas confesiones. Los cristianos que vagan errantes sin hogar, pues se lo destruyeron, sufren resignados las inclemencias de un riguroso invierno, y esperan con paciencia el día en que las Autoridades chinas se resuelvan á hacer justicia.

Muchos son ya los que han perdido sus bienes por negarse á apostatar: consuela el corazón del misionero ver la firmeza de su fe. Escribe el P. Isoré que un cristiano, y no de los más fervorosos, fué amenazado por los *boxers,* quienes creían en la facilidad del triunfo, y rechazó todos sus ataques. Le cortaron primero las

Ayuntamiento de Madrid

orejas, y durante cuatro días lo sometieron á los mayores tormentos, sufriendo los cuales expiró.

—

¡Gracias debemos dar al Señor, pues entre tantas desgracias nos consuela viendo el valor de nuestros cristianos! Y gracias también al cónsul francés de Tientsin por la solicitud con que defiende los intereses del Catolicismo.

MANDCHURIA MERIDIONAL

Un telegrama de Mr. François, cónsul general de Francia en Long-tcheu, anuncia que dos obispos del Yun-nan, los illustrísimos Fenouil y Escoffier y todo el personal de sus Misiones, han logrado salvarse.

Los telegramas que dan noticias de una matanza general de extranjeros en Pekín y la completa destrucción de las Misiones y de sus obras, hasta la fecha no se han confirmado: las últimas noticias recibidas hacían concebir algunas muy ligeras esperanzas; pero los telegramas de los misioneros las desvanecen, haciendo sentir todos los desengaños y horrores de la triste realidad. El P. Delmás, director del Seminario de Misiones extranjeras de París, escribe lo siguiente:

París, 10 de Julio de 1900.

Creo deber comunicar á *Las Misiones Católicas* el siguiente telegrama expedido por nuestro Padre Procurador en Shan-Hai á la misma hora aproximadamente y concebido en los mismos términos que el de nuestro Padre Procurador de Hong-Kog:

Guillon, Emonet duæque moniales necati Mukden.

(Ilmo. Guillon, P. Emonet y dos Religiosas han sido asesinados en Mukden).—Firmado: ROBERT.

Es la única noticia recibida de la terrible prueba que sufre la desgraciada Misión de la Mandchuria meridional, tan floreciente hacía algunos años.—F. DELMAS, *director*.

El Ilmo. Sr. D. Laurencio Guillón, obispo titular de Armenia y vicario apostólico de la Mandchuria meridional, había nacido el 8 de Noviembre de 1854 en Chindrieux, diócesis de Chambery (Francia). Fué ordenado sacerdote el 29 de Septiembre de 1877. El 10 de Enero de 1878 salió de Francia para Mandchuria donde, en Diciembre del año 1889 recibió el nombramiento de obispo titular de Eumenia y vicario apostólico de la Mandchuria.

El P. Navidad-María Emonet, nació el 19 de Abril de 1849 en Rumilly, diócesis de Chambery (Francia). Recibió el presbiterado el 30 de Mayo de 1874 y salió para la Mandchuria el 27 de Enero de 1875.

Las dos Religiosas asesinadas lo eran de la Congregación de Hermanas de la Providencia, de Portiéx, diócesis de Saint-Die (Francia).

CHAN-TONG MERIDIONAL

El R. P. Enrique Hahn, del Seminario de Misiones extranjeras de Steyl, alrededores de Tegelen (Países-Bajos), escribe con fecha de 5 de Julio de 1900:

El R. P. Freinademetz, provicario, telegrafía desde Tsining, con fecha 26 de Junio:

Misioneros sin protección: su vida en inminente peligro.

El mismo día, por la tarde, el Procurador de la Misión telegrafía desde Tsingtao:

Situación gravísima: el Foutai (gobernador), *aconseja á los misioneros que se refugien al puerto de Kiao-tcheu.*

Seguiré comunicando cuantas noticias reciba de China.

TCHE-LY SEPTENTRIONAL

Acabamos de recibir una carta, la última, que de Pekín han recibido los Padres Lazaristas. La escribe el P. Chavanne, joven misionero hijo de Lyón, y refiere las primeras escenas del drama horrible que se va desarrollando. La falta de tiempo y de espacio, pues el número está ya en máquina, nos impide el publicarla; será la primera del número próximo.

Á TODOS NUESTROS LECTORES SUPLICAMOS UNA PLEGARIA PARA LOS MISIONEROS Y PARA LOS CRISTIANOS DE LA CHINA.

GABÓN *(Africa Occidental)*.—El sepulcro del negrillo. Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy. *(Pág.* 156)

Ayuntamiento de Madrid

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

Visitamos Soya, el mísero villorio de Saruru, cuyas chozas se reflejan en las tranquilas aguas de una bahía, y después de recorrer á caballo siete leguas, llegamos á Mayori cuando el crepúsculo vespertino extendía sobre la tierra las negras sombras. Al proseguir al despuntar la aurora nuestro camino llovía á cántaros, y calados hasta los huesos, cubiertos de barro y fatigados, llegamos después de seis horas de marcha, que extenuaron á los caballos, cuyas patas se hundían en el barro, á Otsu, capital de Tokachi.

Era al caer de la tarde del 1 de Julio: once horas llevábamos andando siempre á lo largo de la costa solitaria y triste, cuando descubrimos las primeras casas de Shiranuka, pueblo cuyos habitantes son en su mayoría ainos. En él descansamos hasta las primeras horas de la siguiente mañana, en que proseguimos el camino en dirección á Kushiro, ciudad populosa, la primera que encontramos en la interminable correría realizada á lo largo de la costa de Shimo-Basho. La una de la tarde sería cuando entramos en la citada capital.

Sus casas extiéndense á lo largo de la desembocadura del río Kusuri-gawa y al Norte de una bahía bañada por las aguas del Pacífico. Kushiro, al igual que todas las ciudades del Yeso, ha progresado con rapidez, bastándole muy pocos años para adquirir cierta relativa importancia. Actualmente cuenta seis mil habitantes, y la embellecen grandes hoteles, importantes comercios, lujosos edificios, escuelas y establecimientos de todas clases: un teatro cuyo original frontispicio está materialmente cubierto de jeroglíficos y adornado con multitud de banderas y gallardetes: á corta distancia se levanta una pagoda: en apariencia al menos, puede afirmarse que los habitantes del Yeso, puestos en el caso de elegir entre la comedia del teatro y la comedia de la pagoda, se quedan con la primera. Kushiro cuenta además con ricas minas de carbón.

Vida mercantil respiran todas sus calles: largas caravanas de doce, quince ó veinte caballos cargados de toda clase de productos, desfilan siempre por la más ancha calle. Campesinos y pescadores de los vecinos poblados concurren á la capital para vender los míseros frutos de sus sudores.

—

Los días que permanecimos en Kushiro nos alojamos en la casa del presidente del tribunal, excelente católico que nos brindó generosa hospitalidad. Fueron fecundos en múltiples consuelos para el alma del misionero. Numerosas familias cristianas acercáronse á recibir los Santos Sacramentos; á los catecúmenos se les instruyó con asiduidad, y crecido número de paganos, correspondiendo á la invitación del católico magistrado, asistieron por vez primera á las religiosas conferencias: á todos se les regaló un Catecismo para que lo lean con detención. Parecían bien dispuestos. ¡Ojalá estas conferencias sean germen de algunas conversiones!

—

El sol recogía sus rayos tras las nubes blancas que coronaban las altas montañas, la misteriosa luz crepuscular adornaba el paisaje con bellezas nuevas, en calma profunda descansaba la tierra cuando nosotros, acompañados de todos los numerosos cristianos de Kushiro, abandonamos la floreciente ciudad. Por entre campos en flor llegamos al embarcadero, donde sujetado por fuertes amarras esperaba la hora de partir el vapor que debía conducirnos diez leguas siempre remontando la corriente.

—

Al nacer el día llegamos á un mísero poblado, término del viaje fluvial, donde el vapor echó amarras y nosotros desembarcamos. Reunidos los caballos necesarios emprendimos la marcha á través de los bosques, acompañados de numerosos japoneses que hacían el mismo camino. Convenía fuéramos muchos, pues los osos abundan en aquellas desiertas regiones. Estos animales no son temibles, exceptuándose cuando el hambre les atormenta ó cuando alguna vez gustaron carne humana: en ambos casos atacan al hombre con fiereza, y sólo la muerte les hace desistir de su empeño.

Después de correr á caballo cuatro leguas llegamos, á las diez de la mañana, á Shibecha, pueblo situado al fondo de un valle á orillas del río Kusuri.

La relativa prosperidad de este pueblo de 1,200 á 1,500 almas, es debida á las vecinas destilerías del azufre, y á uno de los grandes presidios coloniales del Yeso.

—

El corto descanso que en esta población hicimos, lo empleamos instruyendo catecúmenos y hablando de Religión á cuantos paganos nos visitaron.

Al reemprender la marcha hube de separarme de su ilustrísima, y dirigirme á Nemuro, ciudad la más importante del Yeso Septentrional, para avisar á cuantos cristianos viven por los alrededores, la próxima venida de su celoso Pastor, quien en tanto enseñaba, consolaba y con los Santos Sacramentos fortalecía á los cristianos de Abashiri, puerto de escasa importancia en el mar de Okotsk.

—

Primero me sirvió de guía un pobre muchacho de doce años aino, delgado y pálido, pero ágil, ladino y ginete á prueba del más indomable corcel. Cuando sólo cinco leguas me separaban de Akkeshi, despedíme del pobre niño, representante de la raza infeliz que poco tardará en desaparecer del mundo, y después de estrecharle entre mis brazos y regalarle algunas monedas, lo vi, con profunda tristeza, saltar sobre el hermoso caballo y á galope tendido desaparecer entre los bosques inmensos.

Ayuntamiento de Madrid

Un nuevo guía me acompañó por anchos y bien conservados senderos que anunciaban la proximidad de la civilización.

Eran las ocho de la noche cuando avistamos Akkeshi, que extiende sus blancas casas por la península ó casi isla que surge en la parte izquierda del golfo. Descendimos hasta la playa; en los palos y en el cordaje de los buques lucían linternas de varios colores; una barcaza de fondo plano nos condujo á la opuesta orilla. Al desembarcar cerraba la noche.

(Concluirá)

ALGO DE CHINA

I

ALGUNAS COSTUMBRES CHINAS

Describir detalladamente las costumbres de una nación ó de una raza es de algún tiempo á esta parte moda entre literatos é historiadores. Y sin embargo, ¡cuán contadas son las costumbres que pudiéramos llamar *nacionales,* aún en naciones de raza homogénea! Lo que sucede con los álbum de vistas y paisajes, sucede en grado superior con los llamados cuadros de costumbres. Cosa la más fácil del mundo es describir con más ó menos imaginativa, escenas particulares escogidas ó presenciadas acá y allá, y bautizar luego la descripción con el atractivo título de cuadros de costumbres de Rusia ó del Canadá. ¿Entre cuántos extranjeros no pasan algunas escenas propias de gitanos por costumbres genuinamente españolas?

Y esto que ocurre con las costumbres de las naciones todas, por conocidas que éstas sean y por muchas y cómodas vías de comunicación de que dispongan, tiene mucho más lugar hablando de las costumbres de China, mejor que nación, territorio extensísimo que, con pocas y pésimas vías de comunicación de unas provincias con otras, no es más que una informe aglomeración de cientos de millones de habitantes, sin más lazo de unión entre sí que el gobierno más bien nominal que real del emperador, y que así como carece en absoluto de una aspiración industrial, comercial ó política propiamente china, carece también de costumbres nacionales.

Digo todo esto no por lo que yo haya observado y presenciado, pues es un grano de arena lo que yo he recorrido de China comparado con la enorme extensión de este imperio, sino por lo que he oído y leído sobre todo en las cartas de misioneros de todas las provincias y regiones de aquel vastísimo territorio. Así se encuentra uno á cada paso con descripciones de costumbres, que se llaman chinas y son completamente opuestas entre sí en muchos casos. No hace muchos días, leyendo la excelente Revista *Las Misiones Católicas,* me encontré con un artículo titulado *La mesa japonesa y china,* en que se aseguraba sin restricción alguna que los chinos no usan ni de bancos, sillas ni mesas, sino que comen sentados en el suelo ó lo más en cuclillas. Yo, sin embargo, he visto siempre que el chino cuando tiene mesa usa de ella, y cuando tiene silla ó banco come sentado, y si no los tiene á mano lo hace de pie con más frecuencia que en cuclillas.

Hablando del mismo asunto dice el P. Alfonso Javier, lazarista, en su ilustrada y magnífica obra *Pekin —Histoire et description,* que la mujer china jamás asiste á la mesa con los hombres, ni aún en las comidas ordinarias en su propia casa y con su marido é hijos. Puedo asegurar que esto será verdad en Pekín, pero no lo es en las partes por mí recorridas. En éstas he visto que la costumbre es que la mujer no asista con los hombres á convites solemnes, pero sí asiste á convites íntimos y de poca gente, y en las comidas diarias de la familia, siempre.

Seré por lo mismo parco en generalizar mis apreciaciones sobre costumbres, y advierto al lector que esté sobre aviso siempre que lea materias de este género.

Sólo por decir algo, y porque sería injusto dejar de hablar de ello, escribiré en este artículo y el siguiente, tres palabras sobre el uso de la coleta, sobre los piés y sobre el tocado de la mujer china. Otras costumbres irán saliendo á medida que escriba sobre distintos puntos.

El uso de la coleta y de afeitarse la cabeza en forma de cerquillo es de origen tártaro, y si el chino la usa es sólo como signo de sujeción y reconocimiento de la dinastía tártara dominante hoy en China. En el año de 1644 el famoso jefe de bandoleros Li-Kung, después de llevar á cabo hazañas que le hicieron terrible, y haberse apoderado de varias ciudades del centro de China, puso sitio á Pekín con intención de derribar la dinastía reinante y proclamarse él emperador, como así lo efectuó por traición de las tropas imperiales de la ciudad. U-san-Kui, general del ejército chino en la provincia de Liau-tung, viéndose impotente para derrocar al intruso y restaurar la dinastía legítima de los Ming, pidió socorro al rey de los tártaros manchues. El mismo día se presentó á U-san-Kui un general tártaro con 80,000 soldados, aconsejándole que para infundir más terror al intruso Li-Kung, hiciese que todo el ejército chino se rasurase la cabeza, aderezase el cabello y se vistiese al estilo tártaro. Accedió gustoso el general chino, llevado de su espíritu de venganza, y juntos los dos ejércitos, como si todos fueran tártaros, entraron con poca resistencia en Pekín.

A los pocos días llegó á Pekín un nuevo ejército de 100,000 tártaros, que reunidos á los anteriores se impusieron al ejército chino, y proclamaron emperador de China á su emperador Xun-Chi, niño todavía, primero de la dinastía tártara Tsin actualmente reinante. Como reconocimiento á la nueva dinastía y dominación, impúsose el uso de la coleta. Muchos optaron por la muerte antes que por semejante costumbre. Aún hoy el no usar coleta se considera como protesta y desobediencia al dominio tártaro, y se castiga con pena de muerte como delito de lesa majestad.

La costumbre más original y llamativa, y creo que también exclusiva de China, es la de atarse sus piés la mujer. Desde la edad de cinco á ocho años comienza esta cruel operación en las infelices niñas; las atan fuertemente los piés, se los torturan y descoyuntan con maneras que yo no sé, pero cuyo fin y resultado es el

Ayuntamiento de Madrid

impedir el crecimiento y desarrollo natural del pie; le sujetan bien con varios vendajes, y lo introducen así en un zapatito ajustadísimo y de la forma de pie de cabra.

El origen de tan curiosa y si se quiere bárbara costumbre lo desconozco por completo, al menos no lo he visto explicado á satisfacción en ninguna parte. Algunos han dado en decir que la causa de esta costumbre está en ser los chinos extremadamente celosos de sus mujeres. Soy de parecer que esta causa y fundamento sólo han tenido cabida en los cerebros de algunos europeos. En más de una ocasión he oído atribuir esta costumbre á no sé qué emperatriz de China, á quien en sueños se apareció una cabra encareciendo la lindeza pulcritud de sus diminutos piés (de los de la cabra); la emperatriz quedó prendada de los piés de aquella visión, y tomó de ellos el molde para los suyos propios.

Sea de todo esto lo que se quiera, el hecho es que esta costumbre es antiquísima, y que es allí considerada como signo de elegancia y nobleza, y que sólo las mujeres del bajo pueblo, pescadoras y cargadoras, se dejan sus piés sueltos y libres.

Cuando tienen que hacer algún viaje, en particular viajes de lujo aunque sean cortos, lo hacen en silla ó con la ayuda de bastón, ó bien apoyadas en el hombro de algún muchacho.

En la clase media, en especial entre la gente del campo, se acostumbra también un término medio en la atadura de los piés, de modo que es frecuente ver mujeres de esta clase dedicadas á trabajos bastante fuertes, y que hacen largas caminatas y llevando carga, ya en hombros, ya sobre la cabeza.

Tan arraigada está esta costumbre y tan mal visto está allí el que se falte á ella, que en las Santas Infancias generalmente se tiene que conformar con ella, atando también, aunque poco, los piés de las pobres niñas que, arrojadas ó vendidas por sus desalmados padres, encuentran en aquellas tan caritativas casas asilo, educación y un porvenir cristiano.

Es costumbre exclusiva de la mujer china; las tártaras no la usan.

En cuanto al tocado de la mujer china, mucho y muy curioso pudiera escribir un observador entendido en la materia. Me limitaré á decir que la mujer china lleva siempre la cabeza al descubierto, sin usar jamás sombrero ni pañuelo; que si á causa de enfermedad ó de los años se le cae el cabello, no se le pone nunca postizo; que en vez de trenzas lleva el cabello recogido formando un originalísimo moño, atravesado por una, dos ó más agujas, casi siempre guarnecidos de alguna flor. En las ocasiones solemnes, que para la mujer de ciudad en China lo son siempre que tiene que salir de casa, usa un prendido consistente en una peineta con flores naturales ó artificiales colocada al rededor del moño en su base, y á veces con tiras de terciopelo encarnado con sus correspondientes cascabeles en los extremos.

Las chinas se afeitan la frente y las sienes lo preciso para que el cabello forme una línea bien recta. Rara será la china, por pobre que sea, que no use de polvos y colorines con profusión. Es también muy amiga de llevar flores, ó en defecto de ellas cintajos floreados: las lleva prendidas en el cabello, en los vestidos y hasta en los zapatos. Entre brazaletes, anillos, collares, pendientes y saquitos de plata adornados con dibujos de plumas y flores, llevan un cargamento las que son de posición algo desahogada.

El vestido chino es de una decencia irreprochable, y al mismo tiempo suelto y ligero: sus piezas todas son anchas y cerradas, y con formas tan sencillas como elegantes cuando es completo. La chaqueta y el pantalón europeos tan estirados y ajustados al cuerpo, son de gran escándalo para el chino que por primera vez los contempla.

El vestido de la mujer se diferencia del hombre en los adornos y en los colores verde, encarnado y amarillo, nunca blanco, siendo la forma exterior muy poco diferente. El vestido ordinario de la mujer remata con una especie de blusa ó camisolín, como el ordinario de los hombres, pero más largo que llega hasta un poco más bajo de la rodilla, dejando ver el extremo del pantalón, casi siempre encarnado.

En punto á la soledad ó reclusión perpetua en que vive la mujer en China se ha escrito muchísimo, pero generalmente se tienen de ello ideas muy exageradas y erróneas. Verdad es que es muy poco callejera y que rarísima vez se exhibe en público, ante concurrencia de hombres nunca, ni aún en su propia casa. No asiste á reuniones y convites con los hombres, como no sean éstos de su familia, pero es bastante frecuente que se den cita solas las mujeres para visitas, reuniones y comidas.

Este aislamiento de la vida pública por parte de la mujer ha sido y es una de las principales dificultades que la propagación del Cristianismo encuentra en China. De aquí proviene la excepcional importancia que tienen allí las Santas Infancias, ó asilos de huérfanas y de niñas arrojadas ó vendidas por sus padres.

En los siglos anteriores era costumbre general tener dos iglesias en cada cristiandad, una para hombres y otra para mujeres; en nuestros días, ellos y ellas acuden á un mismo templo, pero éste está dividido en dos secciones por un cancel suficientemente alto para que no se vean mutuamente.

A pesar de todo esto, la mujer china, curiosa como toda mujer, está siempre presente á toda reunión, procesión, comedia ó convite que se celebre, y sin ser vista de nadie, ella lo ve, oye y husmea todo desde la puerta ó ventana próxima, siempre entreabierta en estas ocasiones.

Algunas cosas más diré de la mujer china al tratar de la familia en el celeste imperio.

II

LA FAMILIA EN CHINA

Ya en más de una ocasión he dicho que el régimen gubernativo en el imperio chino es un régimen patriarcal, basado en el respeto filial del súbdito para con la Autoridad. El celeste imperio constituye una inmensa y vastísima familia, cuyo supremo jefe ó patriarca, en toda la extensión de la palabra, es el emperador, y en que las Autoridades esparcidas por todo el territorio son como los cabezas ó padres de familia. En la prácti-

Ayuntamiento de Madrid

San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús

ca, en la casi totalidad de los casos, el mandarín chino merece, en vez de padre, el título de padrastro despótico de su pueblo, pero es también un hecho que en China la sociedad, el sistema de gobierno y la legislación están calcados en el molde de la sociedad doméstica, notándose este su carácter hasta en el lenguaje y en todo el formulismo ceremonioso de tratamientos. Condúzcase paternal y justamente, ó cometa mil atropellos é injusticias, el mandarín siempre será para sus súbditos el *ta-ye,* el *fu-mu-kuan,* el gran padre, el padre y madre de su pueblo.

Todos los pueblos antiguos se distinguen por el respeto que entre ellos se profesaba y se profesa á los padres, á los ancianos todos, y en su consecuencia á las tradiciones de sus antepasados, pero pocos, sospecho que ninguno, pueden competir en este punto con el pueblo chino. Al padre de familia se le tributa en China toda obediencia y respeto, y al pasar de los sesenta años, con más razón de los setenta, esta obediencia y respeto se convierten en verdadera veneración, que no cesa, antes aumenta, se consagra y se deifica después de muerto el anciano, erigiéndose templetes, altares y tablillas, donde recibe culto idolátrico de parte de sus descendientes. La dignidad de padre, que hoy es señor, juez y sacerdote de su familia, y que mañana será su dios, imprime á su autoridad un carácter sagrado.

Hablo aquí de la familia reducida á sus más estrechos límites, de la familia formada con los elementos más indispensables para constituirla, padre, madre é hijos. De la otra familia, de la familia formada por va-

Ayuntamiento de Madrid

rios brazos y ramificaciones derivadas de un mismo tronco, de esta familia propiamente patriarcal, diré después algunas palabras, pues esas familias parciales, lejos de vivir aisladas unas de otras, forman entre sí una familia total y completa con lazos de unión muy dignos de ocupar la atención del sociólogo.

Es la familia china como un Estado y una Iglesia, siendo el jefe de ella sacerdote, juez y dueño absoluto de los bienes á ella pertenecientes. La dote de la mujer, si es que lleva algo, entra desde luego á disposición del marido, quien en caso de divorcio no responde más que de los valores subsistentes. Los hijos no pueden poseer nada propio; el mismo jornal ganado con su trabajo pertenece á su padre. Contra toda lógica, el peculio de los esclavos es respetado por sus señores. Sin embargo de todo esto, generalmente el padre de familia, en contratos de monta, suele aconsejarse de los hijos adultos y de los parientes más próximos.

No sólo esto, el padre es además dueño de la vida y personas de los miembros de su familia. Tiene derecho de venta, á título temporal ó definitivo, sobre sus esclavos y concubinas, es más, sobre sus propios hijos, sean varones ó hembras. Sobre su mujer legítima no goza de este derecho por impedírselo el código y el derecho de familia, pero es bastante ordinario, en especial entre la gente pobre, ceder ó arrendar las mujeres legítimas. Preciso es añadir que casos tan criminales están muy mal vistos.

La ley le niega el derecho de vida ó muerte de su mujer é hijos, pero en la práctica, por derecho de costumbre, que es el que siempre impera y se impone en China, el marido ó el padre que por motivos de desobediencia maten á su esposa ó hijo, salen libres y exentos de toda pena en los tribunales: si en vez de llegar á este extremo acuden á las Autoridades por faltas contra la piedad, son siempre atendidos, y consiguen el castigo que quieran ellos imponer á los culpables. Entre los chinos, después de la profanación de los sepulcros, el crimen mayor es faltar al respeto debido por el hijo á su padre, y por la mujer á su marido. El parricidio es allí delito inaudito, y la ciudad en que se cometiese, debe derruir uno de los ángulos de sus muros para vergüenza de sus habitantes.

He dicho que la familia china constituye también una Iglesia, con un culto propio y especial de la familia, y que el jefe de ésta es también el jefe y sacerdote de ese culto doméstico, al que en definitiva viene á reducirse toda la religión del pueblo chino. Punto es este de tal importancia en todo lo referente á asuntos de China, que cuando llegue su turno á la religión en el celeste imperio, pienso dedicarle preferente atención, pues él por sí solo nos dará la clave de por que el chino es tan refractario, no tan sólo hacia la Religión cristiana, sino á toda civilización y progreso que no sean puramente chinos. Basta dar breve idea de este culto doméstico de familia.

En todas las casas chinas se encuentra un recibidor ó sala de visitas, *tin-tan,* que es lo único decente y digno de verse que generalmente ofrecen las casas ordinarias. En el fondo de esta sala hay una mesa en forma de altar, y sobre ella uno ó varios tarros para perfumes y pebetes: allí está en lugar preferente la famosa tablilla, asiento del alma del antepasado próximo, á quien se ofrecen aquellos pebetes y perfumes, su taza de *cha* y su plato de morisqueta, etc., en todas las comidas de la familia.

El sacerdote único y legítimo de este culto de familia es el jefe de ésta, ejerciendo los demás el oficio de fieles ó asistentes: todos los sacrificios ó adoraciones se hacen á nombre de aquél. Este sacerdocio se transmite por herencia á los hijos varones, no á las hijas, y entre aquéllos por derecho de primogenitura. Con esto se comprenderán bien ciertos hechos y costumbres que son el alma de la sociedad china. De aquí los privilegios y la supremacía de la rama primogénita en la tribu; de aquí el afán del chino por tener hijos varones, que hereden su sacerdocio y sus bienes, y perpetúen su culto después de su muerte; de aquí el poco ó ningún cariño hacia las hijas; de aquí la poligamia y el concubinato autorizado públicamente; de aquí, finalmente, la adopción cuando la naturaleza le niega hijos. El hijo adoptado ha de ser del círculo de los parientes, pues el chino quiere que el sacerdote que le ofrezca sacrificios después de muerto él, sea de su propia sangre; deja de pertenecer á su propia familia, perdiendo sus derechos, para entrar á formar parte de una nueva, de la que he redará apellido, bienes y culto.

MEN-TZU.

LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

VI.—CARACTERES RELIGIOSOS DE LOS NEGRILLOS

Antropología.—Nacimiento.—Circuncisión.—Adolescencia —Educación. —Casamientos.—Muertos y funerales.

REPETIDAS veces interrogué á los negrillos para lograr saber si son ó fueron antropófagos.

La respuesta fué siempre negativa excepto los *beku,* quienes me dijeron que en antiguos tiempos, imitando á los *fans* entre los cuales viven, comieron á sus semejantes, pero que esta costumbre la habían abandonado hacía mucho tiempo. Creo, pues, que esta raza nunca fué antropófaga, y si alguna de sus tribus cayó en este vicio fué temporalmente, y debido al mal ejemplo de pueblos vecinos. Chaillé Long y Casati al hablar de los akka hacen iguales afirmaciones.

—

El nacimiento de un niño y su entrada á la pubertad van acompañados de interesantes ceremonias. Un benga, que repetidas veces me proporcionó interesantes datos, explicóme que en el instante en que nace un akoa, lo dejan en tierra sobre una hoja de banana, como para indicar la toma de posesión de la casa. Acto seguido llegan vecinos y parientes, y bendicen al niño derramando sobre él un poco de agua, y deseándole todas las prosperidades compatibles con su vida

Ayuntamiento de Madrid

salvaje: salud, fuerza, destreza, agilidad, caza abundante y larga vida: luego devuelven á la madre el recién nacido.

—

La circuncisión, práctica que Abrahán introdujo entre sus compañeros y súbditos para diferenciarlos de sus vecinos los cananeos (1), fué y así consta y lo prueban los monumentos (2), conocida y practicada desde muy antiguo por el pueblo egipcio. Pero la raza negra que les precedió en la población del continente, debía también conocerla y practicarla. Así parece evidenciarlo el hecho de que numerosas tribus de origen y costumbres distintos circunciden á todos sus hijos al nacer. Otras, vecinas de las citadas, no observan tal costumbre, sea que nunca la practicaron, sea que en el transcurso de los años la hayan olvidado. Refiriéndonos á los negrillos, parece que sólo la adoptan cuando viven entre las tribus que la practican, y en este caso la rodean de extrañas ceremonias que les proporciona su culto tradicional.

La circusición debe hacerse con tal prisa que «empiece al lanzar al aire una bola de caucho, y haya terminado cuando aquélla caiga.» La piel cortada clávanla con la punta de una lanza al tronco del nogal del Gabón, el árbol nacional de los a-koas. El que circuncidó recoge la sangre en un recipiente, acto que para ellos viene á ser un sacrificio y medio el más eficaz para lograr la pronta cicatrización de la herida. Por último, ésta es todos los días lavada, hasta su total desaparición, en un río ó pantano donde previamente sacrificaron numerosos cangrejos de múltiples especies, sacrificio que tiene también su simbolismo: el cangrejo es uno de los animales que recuerda al a-koa el tan deseado poder de esconderse, ó huir á voluntad.

—

El niño circuncidado vive desde entonces entre los hombres, y la mayor de sus ambiciones es llegar á serlo cuanto antes. Construye arcos y flechas pequeños, ejercítase hasta adquirir excepcional habilidad en preparar lazos para coger roedores y pájaros, corre el bosque cuanto puede, y al llegar á los quince ó dieciséis años ingresa en la Sociedad secreta que le permite reunirse con los ancianos.

Pero el ingreso no es tan sencillo como á primera vista pudiera parecer, y al igual que en las naciones civilizadas, cuantos quieren formar parte de la citada Sociedad encuéntranse con los *brimades*, y repetidas veces he visto las pruebas á que deben someterse estos desgraciados hijos de los bosques. El día anteriormente prefijado levantan una choza de rama y hojarasca, en la cual los hombres se congregan, y acompañan al neófito, que durante tres días sólo se alimenta de corteza de *iboga*. Cuando empieza á manifestarse la extraña embriaguez que esta planta produce, y que consiste como anteriormente vimos en una gran excitación, acompañada de extrañas visiones, el que podríamos llamar maestro de ceremonias acompaña al postulante lejos, al interior del bosque. Al sonar la señal convenida le venda los ojos y lo abandona.

Vaga errante cinco días viviendo de la fuerza de la corteza del *iboga*. Si es digno de entrar á formar parte del *docto cuerpo*, pasados los cinco días se presentará al campamento atadas sus manos á la espalda. (*Véase el grabado de la pág.* 145).

—¿Quién se las ató? pregunté al que tal explicación me hacía.

—Pues el espíritu, contestóme en tono que no permitía insistir, insinuando que el espíritu podía ser un compadre tan material como él.

Cuando el postulante reaparece, el que llamamos maestro de ceremonias le pregunta:

—¿Qué has visto?

Contesta. Y si resulta exacta la descripción que hace del espíritu que le ató las manos, si son exactas las palabras empleadas, si en una palabra, su explicación es como *debe ser*, cuantos le escuchan exclaman: *Haye*, y queda admitido. Mándanle sentarse y le presentan bananas floridas para «contrarrestar la fuerza del *iboga:*» sus ojos desmesuradamente abiertos vuelven al estado normal, dejan de temblar sus miembros y cortan las ligaduras de los brazos. El jefe le regala el *mbumba zi Bwiti* (equipo del *Bwiti)*, compuesto de un cráneo humano pulverizado; cambia con dicho jefe la sangre de la alianza, y desde entonces ocupa entre los hombres una plaza que por derecho propio le pertenece.

—

Paulatinamente los ancianos explican al joven las creencias y costumbres de la tribu, y le revelan múltiples recetas y los generales conocimientos que se transmiten de generación en generación. Si por afecto ó por gusto hácese discípulo de un distinguido maestro, debe estudiar, observar las costumbres de los animales, inventar sortilegios, y finalmente ser un especialista.

Para ser maestro es condición esencial pasarse largos años en compañía del anciano, uno de cuyos deberes es, cuando suponga próximo el fin de su existencia, elegir en el campamento al hombre que heredará sus secretos. Reúnense ambos durante las altas horas de la noche, y á la escasa luz de rudimentaria antorcha, lejos de donde pudieran sorprenderles los profanos, le enseña los secretos que años antes le revelara su anciano predecesor. Esta educación dista mucho de ser sencilla: á veces suele durar años.

Pero ¿qué enseñarán estos doctores, y qué arduas materias recordarán tales estudiantes? Citaré como ejemplo la «ciencia de la piel del leopardo.» Cada mancha tiene un nombre propio, que el discípulo debe recordar y no confundir. En prueba de amistad mi confidente revelóme como gran secreto el nombre de la mancha correspondiente al arranque de la cola, mancha que desempeña muy importante papel en la preparación de los sortilegios. En Gabón la llaman *Makaka mandjila* (centro del camino).

Tienen exámenes, manipulaciones, una tesis, ó mejor una prueba sin la cual no pueden ser admitidos. Ejemplo: el hambre azota un pueblo; para que el discípulo sea reconocido como maestro, deberá decir y resultar cierto lo que diga: «Esperad cinco días: el sexto tendréis que comer.»

(1) *Gen.* xviii, 10. Fundándose en el citado texto bíblico, algunos afirman que la circuncisión fué entonces *practicada por primera vez* en el mundo. En este caso como en muchos otros es necesario no obligar á la Biblia á decir más de lo que dice.

(2) *Pierret. Dict. d'Archeol. egypt.* (*Art.* Circuncisión).

Ayuntamiento de Madrid

Mientras el anciano vive, en él deposita el pueblo toda su confianza. Cuando se siente enfermo y moribundo llama por última vez al discípulo, le da sus postreros consejos, le revela los más importantes secretos, repite las instrucciones que otras veces le diera, y después de reconocerlo como sucesor, deja que su alma vaya á reunirse con las de sus ascendientes en el mundo misterioso, donde entre selvas inmensas de inmarcesible verdura viven los a-koas.

—

Llega la edad de contraer matrimonio. El joven a-koa que eligió en el vecino campamento la que debe ser compañera de sus días, comprende que una amorosa declaración es paso difícil, y desconfiando de sus propias fuerzas va en busca del hechicero, quien lo salva del apurado trance preparando un polvo compuesto de ceniza, huesos y no se cuántas otras cosas,—pues ignoro la misteriosa receta,—y el pretendiente lo esparce sobre la interesante *personita* en cuestión, sin que ésta lo advierta y cuidando de no reir. El corazón no puede resistir al misterioso influjo...

Arreglado con los parientes lo referente al precio, habitación y demás, el futuro esposo preséntase en la choza de su novia... pero la joven ha desaparecido.

Debe buscarla por el bosque, encontrarla y cogerla. La captura no suele ser difícil, pero como los negrillos creen poder hacerse invisibles á voluntad, esta costumbre indica cierta libertad de elección que se concede á la joven, quien si no quiere casarse se hace invisible.

—

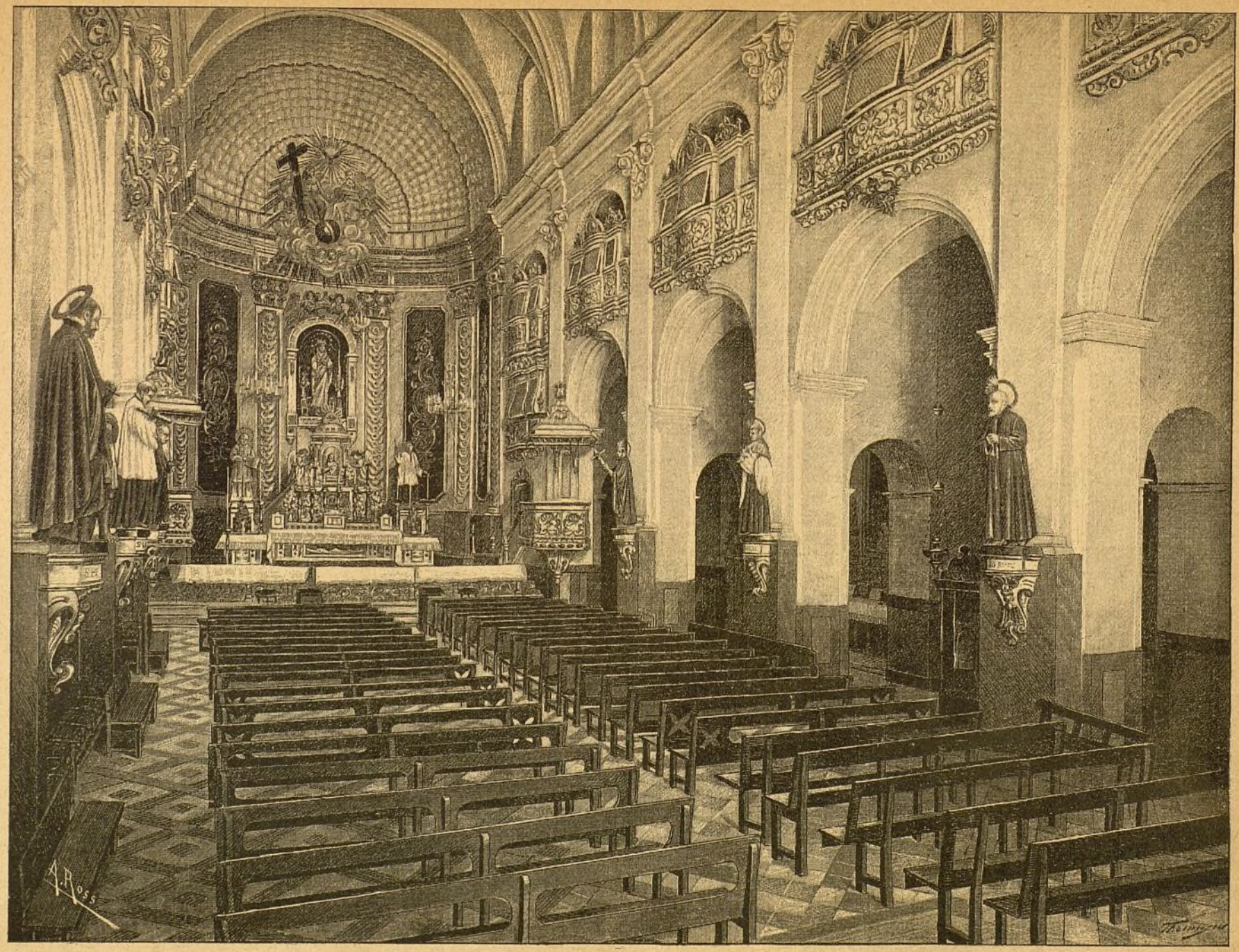
En vida y en muerte la preocupación de este pueblo es desaparecer, pero sin dejar huellas. Cuando un negrillo ha muerto, se congregan los ancianos al dar la media noche; mujeres y niños abandonan el campamento, y aquéllos discuten el lugar donde cavarán la fosa. Hecha la elección avanzan lejos á través del bosque hasta llegar á la orilla del riachuelo elegido. Desvían la corriente, y en el cauce temporalmente seco cavan un hoyo profundo de forma redonda, cuidando de evitar con tablas bien colocadas la caída de la tierra y arena que forman las paredes. Sacada con sumo cuidado el agua que queda al fondo del hoyo, y ultimados todos los preparativos, vuelven al campamento en busca del cadáver. Allí descansa envuelto en mal tejidas esteras y la corteza de la higuera, que sirve de vestido á la mayor parte de los pobladores del Africa ecuatorial: y en las más altas horas de la noche, silenciosa, misteriosamente trasladan el muerto al lugar del sepulcro. Lo depositan en el hoyo preparado, levantado el rostro y mirando al cielo, porque decía mi amigo benga: «Al cielo debe subir el hombre.» Finalmente cierran la fosa con pesada piedra que rodean de arcilla, para impedir la entrada del agua, y dejan que el río vuelva á su antiguo cauce, cuando el presidente pronuncia las siguientes palabras que son á la vez el adiós postrero y la expresión de suprema esperanza:

Ayendi na g' ebanda g' Emanga na g' ekoto ya Nguya... Ayiri na go Bata... na Tambi...

Traducidas literalmente dicen: «Se marcha con el vestido del hombre inteligente, con la piel del hombre

HINDOSTÁN *(Chota-Nagpore)*.—Habitantes del bosque moliendo arroz. Reproducción de fotografía remitida por el P. de Gryre

Ayuntamiento de Madrid



LA IGLESIA DE SAN IGNACIO EN LA SANTA CUEVA DE MANRESA

Ayuntamiento de Madrid

de los bosques (chimpancé)... Ha llegado á Bata, al país del Bien...» *(Véase el grabado de la pág.* 149).

Procuré saber que pretendían significar con la palabra Bata... Mi doctor no acertó á darme indicaciones exactas, limitóse á decirme que era el lugar donde viven los manes de los a-koas... Al Norte del Gabón es vulgarmente conocido un cierto Bata, pero evidentemente no es éste el aludido. ¿Aludirán quizás al recuerdo de un reino primitivo, establecido en la región del antiguo reino portugués del Congo, comprendida entre el Zaïre y el Kasaï? El rey de este país era poderoso, reuniendo en tiempo de guerra un ejército de setenta ú ochenta mil hombres. Al Este, lindante con Dapper, extiéndese el territorio de Kondi. A este propósito dice el Rdo. Prevost: «Los pueblos de Kondi aseguran que en los territorios que se extienden más allá de la opuesta orilla del Koango, vive una nación blanca, de largos cabellos, algo menos blanca que los europeos (1). Estos hombres de la nación blanca, ¿serán quizás los ascendientes cuyo recuerdo conservan los pigmeos del Gabón?

Terminadas las ceremonias que acompañan el acto del entierro, los ancianos entran al campamento, y al verlos huyen todos los negrillos. Esta es la causa, dicen los negros, por la cual nadie vió jamás el sepulcro de un a-koa.

Du-Chaillu desconoce los detalles de la citada ceremonia, pero lo poco que escribe basta para mostrar que los a-bongos del Alto Ogowé hacen lo mismo que los a-koa del Gabón: «Esconden el cadáver, dice, dentro del tronco de algún árbol viejo, que cubren de hojas y tierra, y otras veces en hoyos abiertos al centro del lecho de algún río.»

Los negrillos mestizos que viven confundidos con pueblos de otra raza dejaron esta costumbre, que sin embargo recuerdan la practicaban sus antepasados: entierran sus muertos como suelen hacerlo los demás pueblos, ó al menos olvidan las precauciones cuyo fin primordial consiste en esconderlos, y cuyos fines secundarios son quizás desorientar la sombra del difunto, esclavizarla bajo las aguas de la corriente, y así impedirle turbar la existencia de aquellos que en vida conoció.

El luto acostumbra á durar dos ó tres meses, y consiste en levantarse todos los días al nacer el alba y llorar las mujeres, hasta que nacen los primeros rayos del sol, llenando la casa de acompasados gemidos, gritos y cantos, que repiten siguiendo extraño compás fácil de conocer.

Una danza, una comida y el postrer sacrificio al alma del antepasado, limitan el tiempo del luto.

—

Nada en concreto puede afirmarse de las ideas y prácticas religiosas de los enanos del Atlas, de los akkas del Welle y de sus congéneres del Ituri. El explorador italiano Casati, limítase á afirmar que los últimos de los citados, siempre satisfechos y alegres, á nada rinden adoración ó culto. ¡Pero cuántas veces los exploradores pasaron por determinadas comarcas sin acertar á descubrir el menor indicio de religión en pueblos que la hacen intervenir en todos sus actos! Escribiendo de los bushmen del Africa del Sud, se ha dicho que desconocen el dogma, el culto y la moral, y hoy estudios posteriores han evidenciado que la religión de este pueblo es muy superior á la de los hotentotes sus vecinos de elevada estatura!

Resumiendo, debemos, pues, concluir: cuantos grupos negrillos de los que viven errantes por el Sud, el Este y el Oeste del Africa, nos ha sido posible estudiar, desconocen, en general, las múltiples prácticas religiosas, las supersticiones, sortilegios, fetiques, imágenes, amuletos, que tan populares son entre todos los demás pueblos del continente.

Poseen ó pretenden poseer el secreto de las *fuerzas de la naturaleza*. Ellos saben... ven... (¡felices mortales!) Cuentan con los medios necesarios para conservar la salud, la agilidad, la facultad de hacerse invisibles, la presciencia del mal, la buena suerte en la caza, y no cabe dudarlo, otros muchos privilegios que nosotros, europeos ignorantes, buscamos en vano hojeando libros...

No rigen todos los actos de su vida por el anteriormente expuesto positivismo filosófico; ni todos sus conocimientos se limitan á la ciencia material. Nace un niño y es recibido con múltiples ceremonias, en las cuales el ideal refléjase no exento de grandeza: sobre una hoja de banana roja (símbolo de su propio color) lo tienden luego de nacido en el suelo de su casa, para indicar que toma posesión de la morada que le asignó el Señor. Al despedirse de la infancia y saludar la adolescencia prueba antes de sentarse entre los hombres que es digno de serlo: el desierto, el bosque, todo en una palabra, debe considerarlo como casa propia; vivir libre sin necesidad de humanos auxilios, correr sin extraviarse jamás. Cuando desea casarse otra prueba: es indispensable captarse el afecto de la mujer elegida, y evidenciar al suegro que sabrá defenderla y mantenerla. Finalmente, al morir lo entierran con solícito cuidado, su espíritu vuela al país de las eternas cacerías, y nunca, al revés de lo que con las tribus vecinas sucede, turbará el reposo de los vivos. De espíritus buenos ó malos, de ocultos poderes de la naturaleza, nunca ó casi nunca se les ocurre preocuparse.

Todos creen en el Gran Señor del Cielo que está presente, que rige los destinos de la vida larga ó corta del negrillo. Su voz es el trueno; envía abundante agua que fecundiza la tierra, preside el florecer de los bosques y da á los hombres la tierra y el espacio. Todos reconocen su imperio, y creen es deber imprescindible ofrecerle algo de lo mucho que al hombre regala para que se digne continuar otorgándole alimentos abundantes. Esto es el sacrificio.

El Señor vive en el cielo, jamás lo ha visto ningún mortal. Sin embargo, de vez en cuando baja entre los hombres y arrebata á algunos la existencia.

¿Qué hacer en tan apurado trance? Continuar viviendo bajo la mirada del Eterno sería exponerse á perecer. «Partamos, exclaman, pues Dios nos ha visto.»

Esta es, resumida en breves palabras, la teología del negrillo.

(1) Prevost: *Hist. Gen. des Voyages*, IV, p. 627.

Ayuntamiento de Madrid

VII.—Caracteres morales de los negrillos

Moral.—Deberes del negrillo para con Dios, para con la familia y para con el prójimo

La moral, como anteriormente dijimos, es el sentimiento que sin depender de intereses personales inmediatos y tangibles, tiene el hombre del bien y del mal. Bueno será el hombre que rija todos los actos de su vida por esta ley, que ya al nacer lleva grabada en el alma, y malo el que la resista: pueden ambos en determinadas ocasiones practicar actos buenos ó malos, pues ningún mortal es en absoluto perfecto, ni en absoluto perverso. La infracción conculca la ley del Estado, la falta la ley de la conciencia, el pecado la ley de la autoridad sobrenatural.

Sí, también los desgraciados negrillos saben y entienden estas cosas. Su moral no siempre es igual á la nuestra; á veces equivocan el verdadero objeto. Pero ellos como nosotros admiten con certeza absoluta un bien moral y un mal moral, y para demostrarlo el mejor argumento sería ir recorriendo y aplicándoles los mandamientos de la ley de Dios, que se refieren á todos los hombres, y que al fin no son otra cosa que la expresión escrita de la ley natural.

—

Los negrillos, como las demás razas humanas, contarán entre sus individuos algunos que en materias religiosas alardearán de mayor ó menor indiferencia, pero desconocen en absoluto los ateos que podríamos llamar feroces, y de quienes las avanzadas civilizaciones europeas—tan avanzadas que huelen á podrido—ofrecen numerosos ejemplares. Puedo afirmar que en cuantas regiones africanas visité, no dí con uno solo de estos desgraciados racionales.

Un europeo de la Costa Oriental salió á reclutar indígenas para emprender un viaje, y como oyera que uno de éstos pronunciara el nombre de Dios, riendo y con refinada sátira hubo de decirle:

—¡Dios! ¿quién es Dios? ¿Acaso lo has visto?... ¿No? pues ¡yo tampoco!... Viniendo conmigo para nada necesitas de Dios...

Escandalizado el negro de tales principios contestó sin titubear:

—No quiero acompañará ese blanco. El que insulta á Dios es capaz de todo.

Muchos se dispusieron á seguirle, y el ateo—que en realidad no lo era—vióse precisado á protestar de su fe y religiosidad para no verse abandonado de sus compañeros.

La impiedad de los negrillos se limita, por ejemplo, á atacar la ridícula ceremonia del simbólico sacrificio de la nuez del *nkula,* á turbar la procesión ó esparcir el fuego sagrado, y estos actos y otros parecidos son considerados en general como sacrilegios.

Los negrillos se permiten atacar el poder de tales ó cuales amuletos, de diversas prácticas consideradas como medicamentos, y que no se refieren directamente al culto. Muchos hacen de los mismos sarcásticas burlas. Pero es caso muy distinto cuando consta que un poder sobrenatural ha consagrado la práctica en cuestión. Existe, por ejemplo, un fetique guardián de los pueblos—en Gabón: *Nchilo,*—consistente en un arbusto que entre extrañas ceremonias plantan delante de las principales casas, y cuyas raíces viven entrelazadas con los huesos de un antepasado: nadie permitiría que el arbusto fuese arrancado ó profanado.

Impedirían también que los cráneos desenterrados, vacíos, pintados de rojos, humedecidos con la sangre de los sacrificios, fuesen sacados de los armarios de corteza y echados á la basura.

Y si un negrillo—*¡Dios no lo permita!*—sacara del sepulcro, que con tan solícito cuidado cavaron lejos donde nunca pudieran verlo los ojos de los profanos, el cadáver de uno de sus ascendientes, esta acción sería un crimen y el autor lloraría durante su existencia la profanación de la muerte: el alma del difunto le perseguiría despierto y en sueños, y no hallaría bosque asaz espeso para esconder su pecado.

Nombres hay que no deben pronunciarse, fiestas á las que por obligación deben concurrir, expiaciones que deben hacer y sacrificios que no pueden omitir. La voluntaria abstención sería prueba de impiedad y motivo de escándalo.

—

Al culto de la divinidad y al de los muertos siguen las atenciones debidas al jefe de familia.

«Honra padre y madre...»

La obligación de este que podemos llamar culto, la siente, la comprende y la practica el negrillo de cuantos grupos visité. Comprende que el padre es para todos, que es el jefe de la familia, de la religión, del Estado. Reunidos á su alrededor, viviendo entre múltiples tribus cuya manera de ser tanto se diferencia de la del negrillo, en la foresta inmensa de la que se dicen propietarios, lejos de todos, sin necesidad de nadie, estos pobres hijos del bosque no reconocen otra autoridad que la autoridad del padre.

Es muy lógico.

Durante los primeros días de su existencia vive el niño gracias á los cuidados de la madre que nunca le abandona, que lo quiere mucho, amor que el niño corresponde con sonrisas y caricias, pues en sus primeros años son extremadamente graciosos. Un día recuerdo indiqué esta particularidad á un guía, y él contestó:

—Dejad que crezca: actualmente es hermoso como el más hermoso de los blancos, pero cuando llegue á grande será feo como un viejo chimpanzé.

Tan irrespetuosa comparación tiene algo de verdad.

Cuando pueden valerse de sus piernas, el niño sigue al padre y la hija á la madre, y así se acostumbran á ser cazadores é incansables corredores del bosque: desobediencias, riñas y faltas de respeto son castigados. Sin embargo la familiar disciplina es menos severa entre los negros que entre nosotros: los hijos son generalmente dóciles, y los padres poco exigentes.

Las desobediencias de los hijos suelen ser más frecuentes que las de las hijas: si son graves y repetidas van seguidas de separación. Pero el pasar de la palabra á la obra, el golpear ó herir al padre ó á la madre son actos tenidos por los más criminales, y en general todos estos pueblos sólo los conocen para odiarlos. La injuria hecha por un tercero al padre ó á un anciano pariente pide siempre y en todas partes venganza. Es una de las más frecuentes causas de guerra.

Ayuntamiento de Madrid

Las injurias á la madre de un tercero,—especialmente injurias innobles,—son muy frecuentes en el Africa: es lo más grave, lo peor de cuanto el negrillo dice, y su efecto es siempre excitar de manera violentísima la cólera del hijo, originar odios eternos, luchas sangrientas: el hijo jamás tolera que insulten á su madre; y al sentirse sin fuerzas para vengar la ofensa, llora de despecho é impotencia.

—

Los negrillos que he conocido se caracterizan por su timidez y amabilidad, carácter general de esta raza, que prefiere huir antes que luchar. Cuando luchan se dividen en guerrillas y siempre emboscados; raras veces luchan por cuenta propia, debiendo en este caso reu-

Ngo Pimba.—Mujer negrilla del Cabo Estrías, vista de perfil

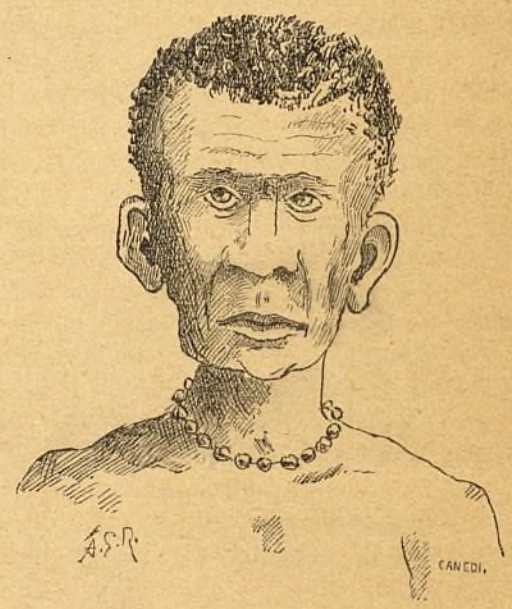
nirse en crecido número: ejemplos de estas luchas los vemos á orillas del Ituri y en el Alto Congo, donde Stanley se admiró al verles hacer frente á la escolta que le acompañaba, la cual, como todos sabemos, no deseaba otra cosa que cruzar el Africa en paz, casi, podríamos decir, en pacífica procesión y con un cirio en la mano !!!

No acostumbran á disputar; pero algunas veces sucederá algo muy parecido, especialmente al repartir la comida y al determinar quien mató la fiera cazada. Estas discusiones les desagradan, y si alguno se caracteriza por su constante afición á ellas, la autoridad le invita á trasladarse á otro campamento.

Golpes y heridas no motivados son hechos punibles; la muerte ó el envenenamiento de un individuo de la tribu, exceptuando en caso de guerra ó venganza admitida como justa, son crímenes sin atenuante.

Hablamos anteriormente de ciertos fetiques que exigen la muerte de un pariente próximo: vimos también que las venganzas secretas, los celos, los envenenamientos son asaz frecuentes en tierra de negros. Desgraciadamente todo es verdad: pero no se deduzca de aquí que estos hechos sean considerados como lícitos y tenidos por buenos. La «magia negra,» tan deseada de tantos ignorantes, es uno de los mayores crímenes que se conocen, y si sus agentes fuesen descubiertos están seguros de pagar con su vida sus misteriosas maquinaciones. Mucho se ha escrito contra la ignorante severidad con que en la «obscura edad media» era perseguida, y algunos ilustrados europeos se admiran de que en nuestros días exista quien conceda importancia á creencias que tan populares son en el Africa. Los equivocados son esta vez los europeos ilustrados: el que conoce bien estas cosas, sabe que los hechizos en apariencia inocentes y en realidad ridículos, no son otra cosa que envenenamientos cuyos efectos disimulan con artificio admirable. Alguna vez no producirán resultado, pero evidencian la intención de dañar tal ó cual específico, que prueban cuando menos una tentativa de envenenamiento.

Son indudablemente numerosos también los casos en



Ngo Pimba.—Mujer negrilla del Cabo Estrías, vista de frente

que el hombre acusado de haber hechizado ó muerto á su señor, á su vecino ó á su amigo, es inocente del crimen aún cuando las pruebas le declararen culpable. Tampoco será justo declarar ridículas é inocentes todas las prácticas del ocultismo africano, como no lo sería hacerlo con las del ocultismo indio, chino ó europeo.

Hay que hacerlo constar: la «magia negra» produce sus efectos. Y á los *sprits forts,* que sistemáticamente niegan todas las manifestaciones de este género y que renuncian á estudiarlas, les diré que su desprecio es la alegría de los verdaderos exorcistas.

(Se continuará).

Literatura china

DISCURSO DEL EMPERADOR YUNG CHING CONTRA EL JUEGO

No violentéis á vuestro Emperador, que no es sino vuestro padre y no más que un juez.

Con frecuencia os he repetido que nosotros no somos, no podemos ser dichosos sino por la virtud: esto es bastante para haceros comprender que nuestros vicios destruyen necesariamente la beneficencia, la con-

Ayuntamiento de Madrid

cordia y la dicha. De todos los vicios, ninguno más dañoso y nocivo que el furor por el juego.

Antes éramos sinceros y esclavos de nuestros deberes, sólo nos ocupábamos en llenarlos: nosotros que damos lo superfluo, que tomamos de lo necesario para asistir á los pobres, nosotros somos bien diferentes de aquello que éramos. Antes éramos generosos, eran honestos nuestros placeres, y nuestros juegos inocentes. Mas ya todo ha cambiado.

Yo lo que veo todo, lo que oigo todo desde el fondo de mi palacio; yo que velo incesantemente cuando el crimen urde su trama en las tinieblas; yo, que como vosotros sabéis, detesto la mentira; yo que no temo á la muerte; yo afirmo que no hay vicio más fecundo en calamidades públicas que el vicio del juego, y que no hay hombres más inclinados al mal que los jugadores. ¡Si se conocieran á sí mismos, se inspirarían horror! Yo les conozco; oíd, pues:

¿Por qué el jugador que se parece tanto al ladrón, continua casi siempre siéndolo? ¡Ay! Porque ha empezado. Ninguno sabe resistir á las primeras seducciones, al primer cebo, y atiza un fuego que bien pronto no podrá apagar. Primero no se juega más que por complacencia ó por distracción; luego se dan unos momentos al juego; después días, después noches enteras; así es que la pasión aumenta por grados, devora el tiempo, más caro que el oro, y hace olvidar los deberes más sagrados.

Una vez arraigada la costumbre, los jugadores no conocen más, no respiran más que el engaño. Su rabia, con los alimentos que la nutren, no concluye nunca. Cuando todo lo han perdido, en vez de retirarse del juego, consuelan su impotencia viendo como juegan los demás.

El uno abandona sus funciones públicas; el otro descuida el arte que le proporciona su subsistencia y la de su familia. Incapaces de todo, no sueñan más que con el juego; para continuar venden sus casas, sus tierras, después se suicidan, y hasta se venderían ellos mismos. ¡Tanto el deseo y la esperanza les ciega!

¿Qué quieren? ¿Qué esperan? ¿Arruinarnos impunemente? Los que prosperan hoy, mañana estarán en la miseria. Sin embargo, ellos quieren triunfar, y no dudan de nada cuando han despojado á alguno: pero observad, ellos á su vez serán despojados.

Hasta de los gananciosos se huye y se les detesta. Las gentes honradas les señalan desde lejos como al terror y al oprobio de su país. Guardaos, pues, de los jugadores, defendeos de ellos; el cuidado que les atormenta supone todos los vicios ó se los sugiere. Irascibles, no menos que pérfidos, por un gesto, por una palabra, por cualquier motivo se engañan, colocando en el precipicio á sus compañeros.

¿Cuál es el fin de un jugador? Preguntádselo á aquellos cuyos amigos han sido desterrados; á esos cuyos parientes se han dado la muerte para evitar el suplicio; preguntad, sobre todo, á esos padres que por haber descuidado á sus hijos, llevaron hasta exhalar el último suspiro el duelo del honor.

Yo he prohibido el juego. Si alguno desobedece y desafía mis órdenes, insultará á la Providencia que no admite nada de fortuito, y contrariará la voz de la na-

Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de PP. Dominicos

Ayuntamiento de Madrid

turaleza que nos grita: «Esperad, pero trabajad; los más activos serán los mejor tratados.»

La naturaleza, nuestra madre común, jamás abandona á sus hijos. ¿No es ella la que para alimentarlos les ha proporcionado recursos de toda especie, pues que las generaciones más ó menos florecientes se suceden siempre y la raza humana subsiste todavía?

Si yo estuviera mejor secundado, el sol no vería un solo pobre en toda la extensión de mi imperio. Pero, ¿qué puede la voluntad de uno solo contra las voluntades discordantes y ambiciosas de tantos millones de hombres, que no suspiran más que por lo superfluo, cuya medida no se colma jamás?

En este suspiro eterno, son sus voces infatigables las que unen y funden á los jugadores y los prosternan á los piés de sus ídolos: como si por esto el destino les debiera preferencia, y sobre todo, como si estos seres fantásticos tuvieran ojos y orejas para verles y oírles.

Es muy natural y muy legítimo buscar la riqueza, pero por medios honestos. La emulación general es provechosa á todos; por eso se debe hacer todo lo posible y necesario para mantenerla y aumentarla. Desde el principio de mi reinado yo he probado y hecho sentir con sucesos y actos auténticos, que la emulación y la libertad son los dos únicos medios de desterrar el lujo, la molicie y los juegos de azar, y de remediar en lo posible la desigualdad de las riquezas. No olvidé, sobre todo, de allanar el camino de la fortuna á los indigentes, en particular de los que lo son por sus faltas.

He hecho cuanto he podido, y mucho más podría hacerse sin los abusos que renacen y que entrañan tantas pasiones extrañas y encontradas.

Oficiales, soldados; vosotros que me pertenecéis por la ley de la sangre, si me amáis, si respetáis á vuestro Príncipe, no seáis jamás jugadores. Encargados de proteger nuestras fronteras y de mantener el orden en el interior de mis Estados, debéis dar el ejemplo en las costumbres de la justicia, de la que vosotros sois sus funcionarios.

El honor, el trabajo, la economía: he aquí lo que vuestros semejantes deben imitar al presente para consolidar su porvenir. Tenéis vuestra paga, economizadla; el que posea tierras que las haga valer, y cuando las cosechas sean abundantes, que se acuerde de la escasez y piense en la esterilidad.

No imitéis jamás á esos que concluyen por ser avaros cuando cesan de ser pródigos; gozad y haced gozar, pues podéis llegar á la pobreza.

Os he demostrado lo que es el furor, la pasión por el juego: ¡ojalá que mis consejos y preceptos destierren de vuestros corazones una pasión que consterna el mío!

Vosotros me habéis entendido; ahora sólo me resta declarar que castigaré con rigor á los infractores, quien quiera que ellos sean; sí, les castigaré, aunque ellos sean mis propios hijos.

Por última vez, pues todavía es tiempo: que los jugadores se corrijan, pero sin dilación, en seguida.

(Traducción de R. V. A.).

Una caricatura

Un dibujante chino ha publicado en un periódico chino de Hong-kong una caricatura, en la que están representadas gráficamente las posiciones y los designios de cada una de las grandes potencias sobre el imperio chino.

El diseño lleva dibujado el mapa de China. Al Norte está la Rusia representada por un oso de colosales dimensiones, sentado sobre la Manchuria y una parte de la Mogolia. Su mano izquierda mantiene bien sujeta á la ciudad de Pekín; la derecha avanza hasta el valle del río Huan-Ho (río amarillo), en actitudes nada pacíficas.

Un perro alto y grueso representa la Inglaterra. Está sentado sobre el valle del Yang-Tzu; el ojo izquierdo cerrado y vuelto hacia el mar, indica que la Inglaterra no tiene miedo alguno por aquel lado; mas el ojo derecho, bien abierto, mira oblicuamente y con gran vigilancia, la acción de Francia en las provincias de Yu-nan y Su-chuen.

La Francia está representada por una rana, sentada en sus posesiones de la Indochina; su pata delantera derecha, posada sobre la isla de Hai-nan, indica que la Francia se tiene ya por dueña de esta isla; la otra pata se extiende hacia las provincias de Yu-nan y Su-chuen en actitud de apoderarse de ellas; lo que explica á su vez la actitud de la Inglaterra y su vigilancia sobre esas provincias. Al pie de esta rana ha puesto el caricaturista chino el nombre de Fashoda, alusión que aunque no honra mucho á la Francia, no nos parece extemporánea.

La Alemania está figurada por una diminuta corona, que el chino ha colocado en la misma punta del promontorio Xang-Tung. ¿Qué quiso decirnos el caricaturista al dar á la corona alegórica tan diminutas proporciones? Creemos interpretar su intención al responder, que Alemania no aspira á más que á su propio engrandecimiento territorial.

Una águila real posada sobre las islas Filipinas, mirando hacia China y con las alas desplegadas en actitud de volar, representa á los Estados Unidos.

El humorista chino simbolizó al Japón, pescando con caña en las costas occidentales de Formosa.

Las pretensiones de la Italia sobre el Che-Kiang no merecieron á nuestro chino atención alguna. Y en realidad, en vista de las noticias y telegramas tan contradictorios, como sobre esto nos trae la prensa, nos parece que no ha andado tan desacertado el caricaturista chino en prescindir por completo de la Italia.

En general, la caricatura representa con fidelidad las posiciones, la actitud y las tendencias de cada potencia. En la elección de alegorías se dejó llevar el dibujista de sus personales impresiones. Las posiciones dadas á los Estados Unidos y al Japón son hoy algo tardías: el águila está hoy volando desde Filipinas á China, y el pescador japonés de Formosa está ya pescando en las costas de la provincia de Fo-Kien.

Ayuntamiento de Madrid

VARIEDADES

La tumba del hijo

El duelo llenaba la casa y el pesar todos los corazones: había muerto un niño, un pobre niño de cuatro años que era el encanto y la esperanza de sus padres. Bien es verdad que aún les quedaban dos niñas tan buenas como hermosas; pero siempre el hijo que se pierde es el más caro, y aquí sobre ser el único varón, era el más joven.

¡Terrible contrariedad! Las hermanas del difunto sufrían lo que sufren en estos casos todos los corazones tiernos; pero el inmenso desconsuelo de sus padres daba creces á sus penas. El padre estaba anonadado; y en cuanto á la madre, era en realidad la que había sufrido, con esta desgracia, un golpe más cruel é irreparable. Durante la enfermedad de su hijo había pasado días y noches á la cabecera del enfermo cuidándole con indecible esmero, acariciándole con ternura y sintiendo entonces más que nunca que aquella criaturita formaba parte de sí misma. Cuando fueron á colocar el cadáver en el ataúd para conducirlo al frío sepulcro, no podía convencerse de que hubiese muerto.

Durante la enfermedad venía acariciando la confianza de que Dios no había de arrebatarle su mejor tesoro. De modo que cuando no le cupo incertidumbre alguna, es decir, cuando vió que había muerto su hijo adorado, exclamó con el alma transida de amargura:

—Dios no debe saberlo; ¡oh, no! Es imposible que lo sepa. Acá en la tierra habrá servidores suyos desnaturalizados que obrarán según su capricho, incapaces de comprender las súplicas de una madre.

Y trastornada por el dolor, llegó á olvidarse de Dios, en tanto que asaltaban su espíritu los más sombríos y funestos pensamientos.

—La muerte es eterna, pensaba; sepultado el hombre, se deshace en polvo, y todo acaba para siempre.

Y no encontrando consuelo ni lenitivo á su infortunio, cada vez más desolada, acabó por entregarse á la desesperación más fiera.

Ni podía llorar, ni se acordaba absolutamente de las dos niñas, que sin cesar se acercaban á ella con solícito cariño. Su esposo sollozaba á su lado, y ella permanecía sin verle ni oírle. El recuerdo del niño muerto la tenía absorta de continuo, y á todas horas pensaba en sus gracias y primores, y creía oir su dulce acento, sus placenteras palabras infantiles.

El día del entierro, rendida por las anteriores vigilias y por el trastorno, poco antes de amanecer pudo conciliar el sueño, propicia ocasión que aprovecharon para llevarse sigilosamente el féretro junto al cual descansaba, y trasladarlo al aposento más retirado con el objeto de que no oyese los martillazos cuando lo cerrasen.

Al despertar, manifestó vehementes deseos de ver una vez más el cadáver de su hijo.

—El ataúd está ya cerrado, dijo el padre: era necesario.

—¡Es decir que no había bastante con que Dios fuese tan cruel conmigo, que también habíais de serlo los hombres! exclamó anegada en llanto y con la voz entrecortada por los sollozos.

Llevaron el ataúd al cementerio, y la inconsolable madre se quedó en casa con sus dos hijas, hacia quienes tendía los ojos, y sin embargo no las veía siquiera. Avasallada por el pesar, no se ocupaba de nada, vivía maquinalmente, y su espíritu flotaba sin reposo y sin rumbo, como un buque abandonado á merced del viento y del oleaje.

Así pasó el día del entierro, y transcurrieron los sucesivos igualmente tristes y sombríos. Con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón oprimido, así las niñas como su padre contemplaban á la pobre madre, tratando en vano de balbucear algunas frases de consuelo, que no sabían proferir, y que ella tampoco hubiera escuchado. ¿Acaso no eran tan desgraciados como ella?

El sueño era quizás lo único que podía, ya que no consolar su espíritu, dar una tregua á su agitación; pero hacía ya mucho tiempo que no lo conocía, y un día que lograron hacerla acostar, se tendió y permaneció inmóvil sin proferir una palabra; pero absorta siempre en sus ideas. Su marido una noche, después de escuchar atentamente su respiración, creyó dormida á su desventurada esposa, y dando gracias á Dios por el reposo que se había dignado depararle, se fué á descansar á su vez, quedando profundamente dormido á los breves momentos, con lo cual pudo amortiguar por espacio de algunas horas el dolor que le torturaba.

En tanto su esposa se levantaba y se vestía apresuradamente, y con el mayor sigilo salía de la casa dirigiéndose hacia el sitio donde de día y de noche estaban concentrados todos sus pensamientos, que no era otro que la tumba de su hijo. Atravesó el jardín, salió al campo y tomó una vereda que conducía al cementerio. No encontró á nadie en el camino, si bien que tampoco lo habría notado. Sus miradas estaban fijas en un objeto, los árboles del camposanto que tenía enfrente.

Era una tibia y encantadora noche de fines de estío: el firmamento estaba tachonado de estrellas. Penetró en el fúnebre recinto, y fuese en derechura hacia el sitio en que ya sabía que se hallaba la tumba, consistente en una espesura de perfumadas flores. Cayó de hinojos y aplicó la cabeza contra el suelo, cual si con sus miradas pretendiera atravesar la tierra, ávida de ver al hijo de sus entrañas. Y efectivamente le vió, y aun muerto se dibujaba una sonrisa angelical en sus labios, y tenía los ojos exuberantes de ternura. Quiso levantar su manecita, y la encontró yerta y envarada. Permanecía inclinada sobre la tumba, tal como durante la enfermedad solía ponerse sobre la cabecera, con sólo una diferencia: ahora daba libre curso á sus lágrimas, y antes las reprimía heroicamente por no acabar de entristecer al pobre enfermo.

—¿Deseas reunirte con tu hijo? oyó que le preguntaba una voz grave y profunda, pero clara y bien timbrada que llegó hasta el fondo de su alma.

Ayuntamiento de Madrid

JAPÓN.—Anciana y joven ainas. *(Pág.* 150)

Al oírla se irguió con sobresalto, y vió un hombre envuelto en negro manto y cubierta la cabeza con una capucha: su rostro, aunque severo, inspiraba confianza y en su ojos brillaba el brío de la juventud.

—¡Reunirme con mi hijo! balbuceó la madre con acento suplicante. ¡Oh tú, ser misterioso, quienquiera que seas, llévame á él y te seguiré.

—Medítalo bien, repuso; yo soy la muerte. ¿Quieres seguirme?

Para responder más presto, dijo que sí con un rápido movimiento de cabeza, y en el acto sintió hundirse el suelo lentamente bajo sus plantas; el hombre negro la envolvió con su manto, y quedó rodeada de espesas tinieblas. Así se internó en la tierra hasta mucho más abajo del sitio donde suele llegar la pala del sepulturero.

Cayó el manto que la cubría y se halló en una vastísima sala de imponente aspecto, iluminada por los inciertos reflejos del crepúsculo. En breve se encontró estrechamente abrazada á su hijo, en el cual resplandecía una hermosura nueva, inexplicable y desconocida. Exhaló un grito de alegría que no tuvo eco en las bóvedas, bajo las cuales resonaba una deliciosa armonía celeste, que tan presto se oía allí mismo, como se alejaba. Nunca unos acordes semejantes habían halagado sus oídos, pues tenían la virtud de calmar todo dolor, y eran tan misteriosos, que brotaban al parecer tras un inmenso y tupido velo tendido entre la sala y el infinito espacio.

—¡Madre del alma mía! decía el niño con la misma voz que cuando vivía, en tanto que ella lo devoraba con sus frenéticos besos, presa de una alegría desencadenada, sin límites.

El niño señalaba la cortina y decía:

—Detrás de este velo, madre mía, es todo infinitamente más hermoso que en la tierra. Mira, mira; ¿no ves á mis compañeritos? ¡Oh, qué felices somos!

Miraba la madre, y no vislumbraba más que tinieblas, pues aún veía con los ojos de este mundo.

—Ahora iré á volar por el espacio infinito, añadió el niño; á volar en torno del Omnipotente, reunido con los demás angelitos. ¿Quieres que me vaya con ellos? Pero ¿por qué lloras? Déjame ir, que en breve vendrás á reunirte conmigo eternamente.

—¡Quédate! ¡Oh! ¡Quédate! exclamó la madre: sólo un momento, el tiempo de estrecharte otra vez contra mi pecho.

Y estrechándole contra su corazón, trémula y convulsa le dió un beso. Pero sobre la bóveda resonó su nombre, proferido por una voz quejumbrosa.

—¿No oyes? dijo el niño: es papá que te llama.

Pocos instantes después se oyeron nuevas voces entrecortadas por sollozos infantiles.

—Son mis hermanitas, dijo el niño: no las olvides, madre mía.

Por primera vez se acordó de los seres que le quedaban en el mundo, y sobrecogida de angustia, dirigió los ojos á lo alto y divisó un espeso enjambre de seres aéreos que revoloteaban hacia la cortina, tras de la cual desaparecían. Entre ellos le pareció reconocer á muchas personas que había visto en la tierra. ¿Iban á pasar con ellos su marido y sus hijos, dirigiéndose para siempre al reino de la eternidad? No, sus gritos y suspiros procedían del otro lado de la bóveda.

—Madre mía, dijo el niño, ya resuenan las campanas celestiales, ya sale el sol.

Un rayo de luz maravillosa vino á deslumbrarla. Al abrir de nuevo los ojos, el niño había desaparecido, y se sintió elevada al aire. Tuvo frío, levantó la frente, miró á su entorno y se encontró en el cementerio, sobre la tumba de su hijo. Había tenido un sueño, una visión, de la cual se había valido Dios para iluminar su inteligencia y fortalecer su espíritu. Arrodillóse y dijo una oración:

—Señor, perdóname si quise retener en el mundo un espíritu celeste; perdóname por haberme olvidado de los seres que tu bondad confía á mi cuidado.

Con esto se sintió el corazón aliviado. Había amanecido: el sol remontaba el horizonte, cantaban los pajarillos, y las campanas de la iglesia señalaban la Misa matinal. La solemnidad de aquellos momentos acabó de apaciguar las torturas de su espíritu.

Regresó á su casa apresurada: su esposo dormía aún, y le despertó dándole un beso en la frente.

Ella fué desde entonces la más fuerte y la que alentó á los demás con palabras de consuelo.

—Nuestra suerte, decía, está en las manos del Señor. Bendita sea su santa voluntad.

Y abrazando á su esposo y besando á sus hijas que la contemplaban llenas de dicha, pero no menos asombradas ante un cambio tan repentino, les decía:

—Dios me ha infundido valor, valiéndose del niño que descansa en la tumba.—*A.*

Ayuntamiento de Madrid

AÑO DE 1900

La Huérfana

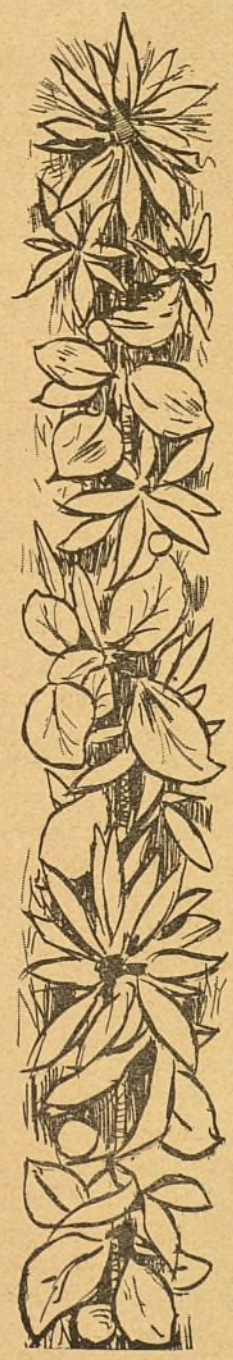
M. BOURDÓN

(Continuación)

Al casarse con Pablo concibió la idea de rodear á su suegro de todos los cuidados y atenciones que merecía un anciano que no había sido feliz. Imaginóse que el padre de su marido podía ser su guía en el mundo, al mismo tiempo que podría disfrutar de toda comodidad y regalo. Así es que acogió al Sr. Debrande con ternura, colmándole de atenciones filiales, á las que el padre de Pablo correspondió en un principio con exagerada atención; pero paulatinamente fué descubriendo la acritud y la perversidad que eran propias de aquella alma. Había pasado por circunstancias muy diferentes, cuyo legado era un fondo de hiel y de amargura. La pobreza no le enseñó la humildad, ni la riqueza la beneficencia. Cuando su hijo se casó con Teresa y le anunció las disposiciones de esta amable joven, se alegró considerando la perspectiva de una vida desahogada y opulenta; pero dijo para sí:

—Si esta vieja loca de Clementina hubiese obrado con justicia, me legara á mí su caudal, y á mi edad no dependería de la mujer de mi hijo.

En almas de temple tan malo no produce efecto ningún beneficio. Contemplaba á su nuera por no incomodarla; pero cuando se convenció de la bondad, de la indulgencia y del respeto de Teresa, se quitó la máscara. Nada se hacía á su gusto; todo lo censuraba, y cuantas más deferencias tenían con él, era cada vez más exigente. Se engrandecieron sus habitaciones; se le señaló un criado sólo para él; se buscaron para su comida los platos más exquisitos, y se le servían los mejores vinos. Nada le satisfizo, llegando al extremo de burlarse de la piedad de Teresa, y de afectar desprecio por cuanto ella respetaba. Las bufonadas de Voltaire estaban de continuo en su boca; pero Teresa, tan suave y compasiva con todos los enfermos, aun con los que tenían la enfermedad en el alma, supo contener á su suegro con energía cuando se atrevió á mofarse del Evangelio, de la Misa y de la cruz. Él temió continuar tan indigna conducta, y no aventuró sarcasmos directos; pero á cada instante una sonrisa irónica, un encogimiento de hombros y una cita interrumpida, demostraban que no creía en Dios y hacía alarde de ello.



Teresa llevó con paciencia las necedades del suegro; pero le retiró su afecto, y más de una vez preguntóse si la tristeza egoísta de su tía Clementina era más llevadera que el frío ateísmo de Adrián Debrande. Sin embargo, pidió á Dios por su conversión y no se quejó á nadie, ni aun á su marido: sólo el notario Mesnil adivinó algo de la verdad. Al comunicarle Teresa, cuando á fin de año vino á rendirle cuentas, cuál era su plan para lo sucesivo y las circunstancias en que se encontraba, le dijo el notario riéndose:

—¿Con que las rentas de este año han sido suficientes para el gasto?

—Sí, respondió ella, mas teniendo en cuenta que ha habido que pagar el impuesto de la herencia, los gastos de instalación, la compra de caballos y de carruajes, se explica lo enorme de las cantidades invertidas.

—Está bien y así es, en efecto; pero el año que viene no será menos costosa la instalación en París.

—Verdad es; ¿le parece mal?

—No, si tú estás contenta.

—Lo estoy y lo estaré más cuando sea madre. Vuestra esposa me enseñará á criar á mis hijos.

—Ella desea siempre serte útil. Pero (dijo el notario levantándose y acercándose á la ventana), no conocía esta berlina y este hermoso caballo tordo.

—Es el carruaje de mi suegro, dijo Teresa sonriendo.

—¡Ya! ¿con qué ha necesitado un carruaje para él? Bien, si en cambio pagase con un poco de afecto todo lo que tu bondad te inspira en su favor.

—¡No es malo!

—¿Malo? No lo son absolutamente muchos hombres; pero el Sr. Debrande es egoísta, sensual, burlón y sin creencias.

—Muy severo es el juicio de V.

—Sí, pero justo. ¿No conoces la impiedad de que tu suegro hace alarde?

—¡Ah! sí, y lo siento muchísimo.

—Y Pablo ¿qué dice?

—No me atrevo á decirle nada. Si aprobase

Ayuntamiento de Madrid

las ideas de su padre, recibiría yo una herida mortal; y si por el contrario las reprobase y riñeran, no acertaría á consolarme.

El notario se echó á reir.

—Eres muy buena, dijo, y demasiado complaciente para ese viejo incrédulo: no lo mimes; pero temo que predico en desierto, porque no sabrás dejar de ser buena para él. Volvamos á nuestras cuentas.

Por la noche, al despedirse el Sr. Mesnil, dijo á Teresa en voz baja y en tono muy serio:

—Si puedes desembarazarte del viejo Debrande é impedirle que se mezcle en vuestra vida, hazlo en seguida.

Teresa oyó este consejo, sin pensar en seguirlo. Le parecía conformarse más con la voluntad de Dios aceptando esta espina oculta, esta molestia secreta en medio de tantas prosperidades exteriores. Por otra parte un lazo sagrado iba á acercarle más á aquel viejo, futuro abuelo de sus hijos. Ella no quería desterrarlo de su casa, donde iba á entrar un nuevo huésped; y pronto olvidó estos pensamientos y estas penas con motivo de una alegría inmensa. En los primeros días de Abril Teresa dió á luz su primogénito.

XVI

Había transcurrido un año, y la joven madre y su marido, instalados en su gran casa de París, daban á sus amigos un convite. Las habitaciones estaban preparadas convenientemente para recibir á los comensales, y el comedor brillaba con lujo deslumbrante. Todo estaba pronto menos los señores de la casa, que se hallaban reunidos en el cuarto de Teresa, inclinados uno y otro sobre la cuna de su hijo. Este niño, orgullo de su padre y vida de su madre, sufría víctima de cruel enfermedad, y cada minuto progresaba el mal y aumentaba el terror de sus padres. Éstos, al ver el estado deplorable de su hijo, habían olvidado la comida y los veinte individuos invitados á ella. Sólo el padre de Pablo pensaba en el convite, y entró diciendo:

—¿En qué pensáis? ¡Teresa, aún no estás vestida; Pablo, todavía de gabán!... ¡Son las siete menos cuarto!

—Le suplico que hable más bajo, padre mío, que el niño va á dormirse...

—¿Está mejor?

Teresa movió la cabeza, mirando tristemente á su hijo.

—No hay mejoría (dijo Pablo á media voz); el médico teme que se repitan los accidentes.

—Es deplorable; sin embargo, hay deberes á que no puede faltarse. Muy pronto vendrán los convidados, y debéis estar dispuestos para recibirlos.

Teresa le miró y dijo:

—Padre, ya ve V. que es imposible que abandone un instante á mi hijo. Pablo me excusará, y ambos harán los honores de esta desgraciada comida.

—Te burlas sin duda (contestó el suegro con acritud). Eso no se ha visto nunca, Invitáis personas de rango, damas distinguidas, y ¿quieres faltarles porque el niño está malo? Sería una inaudita falta de atención.

—Cuando el niño esté mejor, dijo Teresa, visitaré á esas señoras, les expondré mi excusa: ellas sabrán comprenderme.

—Imposible, imposible. Debes presentarte en la mesa, y sólo queda el tiempo preciso para vestirte.

Pablo callaba irresoluto. La negativa de su mujer no le pareció mal, y la comprendía hasta cierto punto; pero al escuchar el empeño de su padre, cambió de opinión, pues le creía un hombre muy entendido en costumbres del gran mundo.

—Me parece (dijo á Teresa) que debes acceder, querida mía. Es necesario que te vistas. La criada inglesa y la doncella velarán al niño.

—¿Quieres que le abandone, que le deje en poder de criados? Pablo, si me amas, si amas á tu hijo, no exijas tan inconveniente sacrificio.

—No seas niña, contestó Adrián. Tu presencia aquí no curará la enfermedad, que seguirá su curso: lo importante es que el médico la observe.

—¡Pero si no podré vivir lejos de aquí!

—Vamos, niñerías; ¿qué puede importarte la ausencia de breves horas, estando tan inmediata?

—Soy de la misma opinión (agregó Pablo). No hay peligro en ausencia tan corta.

—¡Quién sabe! dijo ella con desconsuelo.

Por fin tuvo que ceder á las reflexiones del suegro y á la ruegos del marido. Besó al niño llorando, y después de haber encargado á la criada inglesa su más solícito cuidado, pasó á su gabinete. La doncella la peinó y vistió, sin que Teresa mirara al espejo una vez siquiera. Acababa de vestirse cuando llegó el primer carruaje. Entróse corriendo al cuarto del niño, y dándole un beso, encargó á las criadas que la llamasen si advertían la menor novedad.

Al salir la detuvo la doncella, dándole el abanico y los guantes que había olvidado, y resignada con el sacrificio que se le imponía presentóse en el salón de recibo. Sólo habían llegado dos señoras, con quienes se excusó, y aunque estuviese cruelmente preocupada con la idea de su hijo, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para desempeñar el papel de ama de casa en una comida moderna. Estamos muy distantes del tiempo en que los dueños atendían con solicitud á los convidados. Hoy en una gran comida casi se confundirían á los huéspedes, diferenciándose en el sitio que ocupan. Teresa sufría, y cuando la conversación se hizo general, cuando los voces, las risas y las discusiones llenaron el comedor de ruido y de bulla, sintió que la alegría de los otros contrastaba con sus propias angustias, y tuvo que hacer grande esfuerzo para no prorrumpir en llanto.

Acabada la cena volvieron al salón, y cuando las conversaciones hubieron dividido á los convidados en distintos grupos, Teresa aprovechó la ocasión para retirarse. Temblaba al entrar en el cuarto del niño, y cuando alzó las colgaduras de la cuna vió que su hijo no dormía y que sus ojos estaban apagados.

Ayuntamiento de Madrid

—¿Ha llorado durante mi ausencia? preguntó á las sirvientas.

—Mucho, señora, y una vez dijo: «Mamá, mamá.»

Estas palabras destrozaron el corazón de Teresa. Su hijo la había llamado, y ella no estaba allí, y quizás no volvería á oir aquella voz querida. Sentóse junto á la cuna, y no se movió más que para cumplir lo que el médico había mandado. Pasó una hora; abrióse la puerta y entró Pablo.

—Olvidas, querida mía, tus obligaciones, dijo algo amostazado. Ya era tiempo de arreglar las mesas de juego, y tú no debías abandonar á nuestros convidados.

—No puedo separarme de mi hijo, y no lo dejaré: me ha llamado, y yo no estaba aquí.

—¡Tú exageras! eres muy sensible.

—¡Exagero! Mira á tu hijo, Pablo, y dí si no va á espirar.

—Va agravándose...

—¡Va á morir! ¡no me obligues á salir de aquí!

—Quédate; suplicaré á la Sra. de Gault que te reemplace, y volveré lo más pronto que pueda.

Volvió, y vino también el médico; pero todos los recursos de la ciencia fueron inútiles. El ángel voló á reunirse con sus compañeros ante el trono de Dios, y Teresa supo lo qué es perder á un hijo, al primer hijo. Vió la cuna vacía y lleno un ataúd, y conoció el dolor menos profundo, según la fe, y más amargo, según la naturaleza.

Con la muerte del niño desaparecieron las ilusiones de Teresa. El dolor de Pablo fué vivo, pero corto; y volvió solícito á sus paseos, á su club, á los espectáculos y á las fiestas. Su padre era su cómplice, y le impelía á la disipación y á los placeres, porque aquel viejo descreído, privado por algunos años de toda distracción, y sin que Dios ni el afecto á otras personas hubiese llenado aquel vacío, tenía sed de lujo y de goces mundanos. La tristeza de Teresa le fastidiaba y le hacía la casa enojosa. En ella se encontraba la riqueza, pero no la alegría, y por consiguiente se alejó llevándose á su hijo y ejerciendo sobre él en esta ocasión su perniciosa influencia.

—La vida del marido y la de la mujer, decíale, no pueden ser iguales: la mujer guarda la casa; el hombre no hace más que presentarse algunas veces.

—Pero Teresa está triste, contestaba Pablo, y siento dejarla sola con tanta frecuencia.

—¿Qué quieres tú, hijo mío? Tu mujer tiene el humor melancólico, y no quiere vencer su tristeza. Es una mujer excelente, pero no sirve para presentarse en sociedad. No puedes ni debes sacrificarle tus relaciones y amistades, ni enterrarte vivo con ella, porque esto sería muy fastidioso. Bastante hemos sufrido, y creo que tenemos el derecho de divertirnos un poco. El vizconde de Rozan nos invita á almorzar, y después al tiro de palomas. Haz, pues, que enganchen el carruaje, daremos una vuelta y acabaremos el día en casa de mi antiguo amigo Gault, donde siempre hay una escogida concurrencia.

Y Teresa quedaba sola en el gran palacio sin

echarle una queja, pues temía recordar á su marido el origen de los placeres á que la sacrificaba. Callaba y lloraba; pero sus lágrimas le parecieron importunas al perverso anciano, cuyo egoísmo no podía soportar ni aun la especie de censura que ejercían las lágrimas de su nuera. Un día la sorprendió leyéndole á Pablo las admirables oraciones que reza la Iglesia al morir los niños. Leía con lágrimas de ternura este fragmento de la Misa de Angeles:

«Oh Dios, que os habéis llevado el alma de este niño tan agradable á vuestros ojos, concedéd á aquellos que viajan por el camino de la vida, con la luz de la fe, la gracia de recibir el celeste alimento, á fin de que ni el mundo con su malicia pueda separarnos del camino recto, ni las ilusiones nos hagan caer en el error.»

—Y ¿esto te gusta y consuela? ¿Te alimentas de esta mística jerigonza? le dijo el suegro.

—Lo que llamáis jerigonza, contestó Teresa con seriedad, es para mí la palabra de la verdad; y, lo confieso, me consuela mucho el pensamiento de que mi hijo está en el coro de los Angeles y es feliz por toda la eternidad.

—¡Dichoso! ¡feliz! ¡Vaya! Ha muerto, ha vuelto á la materia... y no hay más.

—Os equivocáis, padre, dijo ella con firmeza. Lo siento en el fondo de mi alma. Dios existe, y mi hijo vive en Él.

El viejo se encogió de hombros, y su hijo le tocó el brazo como para indicarle que callara.

—¿Vas tú á volverte santurrón? Creeré en Dios cuando lo vea, y en la inmortalidad del alma cuando vuelva un difunto del otro mundo. Hasta que no suceda esto, creo solamente lo que veo.

—¡Oh, hijo mío! dijo la pobre Teresa después que se fueron; debo bendecir á Dios, que te ha llevado á su gloria en tu pureza no contaminada por el mundo! ¡Qué ejemplos habrías recibido aquí, y qué lecciones te habrían dado!

XVII.

Teresa volvió á la quinta en mitad del estío. Su salud delicada exigía el aire del campo, y aun cuando la entristeciera ver la habitación donde nació su hijo, mitigaba su pesar el silencio de los campos, donde Dios habla de cerca al alma cristiana; y mientras su marido y su padre corrían desalados tras pescas y cacerías, ella vivía apaciblemente practicando obras de caridad. Nunca sospechara que su método de vida debiera diferenciarse del de su marido; pero á ello le obligaron las circunstancias, porque tanto como ella huía de los placeres ruidosos, otro tanto los amaban su suegro y su marido. Conocía que pasado algún tiempo debería regresar á París; pero en tanto no llegaba visitaba á sus amigos los pobres; iba á la iglesia; jugaba con los niños regalándoles dulces y caricias, y repetidas veces pasó Teresa horas enteras meciendo en pobre cuna al hijo de una mujer que debía trabajar para vivir.

(Se continuará).

Ayuntamiento de Madrid

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona. . . . . 3 ptas.

Al R. P. Pr. José María Vila, franciscano, misionero de Duncanfu, Chan-tong Septentrional (China)

Avelino E. Torrecilla. . . . . 5 ptas.

Para la Obra de la Propagación de la fe

Jaime Perramón, Pbro., de Prats y Carreu. . . . . 3 »
José Cendrós, Pbro., de Valldarqués. . . . . 3 »

Para las cristiandades de la China

Juan Parera, Pbro., vicario, de La Pobla. . . . . 5'50 »
J. Aguiló, Pbro., de íd. . . . . 5 »

OBRA NUEVA

EL PATRIARCA S. JOSÉ

ESPOSO DE MARIA SANTISIMA

según la V. Madre sor María de Jesús de Agreda, por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores. Adornado con hermosos grabados.

Precio: 2 ptas. en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, n.° 5, Barcelona.

Última carta recibida, que atestigua una vez más la gran aceptación y eficacia del

JARABE ALMERA

Sr. D. PEDRO ALMERA.—Nerja (Málaga), 4 de Julio de 1899.

Muy señor mío y respetable compañero: En mi poder su atenta y el cajoncito con los seis botes del precioso *Jarabe Almera:* doy á V. las más expresivas gracias por su envío, que le agradezco en el alma, y en especial mi hija, que bendice á V. por su preparación.

Puede V. hacer público por todo el mundo y respondo con mi vida que el *Jarabe Almera de clorofosfato cálcico gelatinoso, con ácido fosfórico,* es el medicamento verdad que cura las afecciones *óseas* y corrige los *defectos articulares* en poco tiempo. Mi hija es una prueba que no admite duda, y espero probarlo en otros casos de la localidad tan luego como hayan visto el feliz resultado de mi niña.

No sé con qué pagarle este beneficio, pero pido á Dios le ilumine para la invención de otros preparados que hagan competencia á los extranjeros, y curen todas las dolencias para las que hoy no hay medicamento conocido.

Reciba V. sincera expresión de toda mi familiá y en particular de su compañero s. s. q. b. s. m.—*Rafael González Ortega,* médico.

FARMACIA ALMERA, XUCLÁ, 21, BARCELONA

IMÁGENES.

Instituto Cristiano de Artes Decorativas.

HIJO DE JACINTO CALSINA.

CASA FUNDADA EL AÑO 1872.

Grandes talleres de **Escultura religiosa** sobre madera. **Imágenes** de talla de todas dimensiones y precios de los **más económicos** á las clases más artísticas.

ALTARES.—TEMPLETES.—ORATORIOS.

DE ACTUALIDAD.

ESCULTURAS DE SAN JOSE.

TALLERES, EXPOSICIÓN Y VENTA.

62, Paseo de Gracia, 62.—BARCELONA.

Por correo, apartado n.° 183

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

Por catorce pesetas al año se puede hacer en junto la suscripción á las tres publicaciones: **Revista Popular,** Ilustración semanal.—**Misiones Católicas,** Ilustración mensual.—**Buen Combate,** Folleto ilustrado mensual.

Se regala en Enero **El Jubileo,** por el P. Mariano Fernández, obra indispensable á sacerdotes y fieles; además por Mayo ó Junio una interesante novela ilustrada, y por Noviembre ó Diciembre el **Almanaque de los Amigos del Papa.**

Mediante presentación de la faja de suscriptor, podrá adquirir éste varias importantes obras (cuyos títulos pueden verse en el prospecto) con notable rebaja.

El suscriptor puede también adquirir por **55 ptas.** los siete magníficos tomos en fóleo de **Las Misiones Católicas,** cuyo precio para los no suscriptores son **92 ptas.**

PRECIOS: España: Un semestre, 7 ptas. Un año, 14 ptas.—América: Un semestre, 10 ptas. Un año, 20 ptas.

Prospecto y número por muestra gratis á quien los pida.

Se han repartido á los señores suscriptores de esta **BIBLIOTECA** los últimos números de **Las Misiones Católicas** y **El Buen Combate,** cuyo título es: *El reactivo social,* por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., correspondientes al mes de Junio.

Librería y Tipografía Católicas, Pino, 5, Barcelona (España).

LIBROS

El alma religiosa en la escuela del Corazón de Jesús, ó sea *Mes de Junio* para las personas consagradas á Dios.—1 pta. en tela.

El devoto del Sacratísimo Corazón de Jesús: ejercicios piadosos para obsequiar al Divino Corazón, por el P. Longinos Navás, S. J.— En 16.°, 30 cénts. en rústica, y 75 en tela.

Del conocimiento y amor de Jesucristo. Libro de oro en el que se da exprimida la esencia de muchos volúmenes.—En 16.°, 1'50 ptas. en piel.

El corazón educado en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, por D. Serafín Casas Abad.—En 16.°, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.

El Corazón de Jesús predicado. Sermones sobre su devoción, por D. Francisco Cuesta Espino, Pbro.—En 4.°, 2 ptas. en rústica, y 3 en pasta.

Declaración y meditaciones de los Oficios del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Antonio Gació, S. J.—En 8.°, 50 cénts. en rústica.

De la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y de sus excelencias, por el P. Segundo Franco.—En 8.°, 1 pta. en rústica, y 1'75 en pasta.

Un mes en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, seguido de un Triduo, Novena y Primer Viernes, por D. Enrique de Ossó, Pbro.—En 16.°, 1'50 ptas. en piel.

Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, acomodado á toda clase de personas, por D. Felix Sardá y Salvany, Pbro.—En 16.°, 38 cénts. en rústica, y 75 en tela. Edición fina, 75 cénts. en rústica, y 1'75 ptas. en percalina y canto dorado. Otra edición en catalán, á 30 céntimos en rústica, y 75 en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

MÁQUINAS

á chorro de arena, de Alfred Gutman (Alemania-Ottensen), **especiales** para grabar cristales, vidrios y piedras de todas clases y tamaños, grabar y limpiar metales; indispensables á todas las industrias de dichos ramos, como también á todas las fundiciones de metales, joyeros y en general para el grabado, dibujo y limpiar materias duras.

Unicos agentes en España:

R. y M. Casals, Tallers, 14, principal, Barcelona

R. y M.—N.° 4

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid